

# El Tío del Conquistador

## *y otros cuentos*



**Wilson Izquierdo González**



**Wilson Izquierdo González**

***El Tío del Conquistador***  
**y otros cuentos**



Lluvia Editores

**Cajamarca, Perú.**

© *El tío del Conquistador y otros cuentos*

© Autor: Wilson Izquierdo González

Cajamarca, 2021

Email: [wilizquierdogon@gmail.com](mailto:wilizquierdogon@gmail.com)

© Carátula: Fotografía: “Mural en Baños Termales de Moyobamba”

Autor: Municipalidad Provincial de Moyobamba



© Lluvia Editores, 2015

Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501

Email: [lluviaeditores@gmail.com](mailto:lluviaeditores@gmail.com)

Qilqasqa Peru Ilaqtapi

Hecho e impreso en el Perú

Imprimè au Pèrou

Printed in Peru

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional  
del Perú N° 2020.....

## DEDICATORIA

A mis hijos:  
Zully, Tania Rocío,  
Dennis y Rossana.

*El autor.*



## SUMARIO

00.	Prólogo del autor	009
01.	El tío del conquistador	013
02.	Cualquiera	025
03.	Cuando el tunchi silba	031
04.	El chapanero	043
05.	La finada no quería madrastra pa'su hijo	051
06.	El ayay mama	061
07.	El fisgón	069
08.	Runa mula	177
09.	El huinsho	099
10.	De capitán a subprefecto	000





## PRÓLOGO DEL AUTOR

La selva peruana —y, en especial, el esmeraldino Valle del Alto Mayo— es muy rica y diversa en lo que a tradición oral se refiere. Cada pueblo de este valle tiene sus propias historias, leyendas y mitos que son contados, por lo general, por los pobladores más entrados en años y experiencias, en donde cada cual resulta más fantasioso, mágico e ingenioso para hacer sus narraciones. De allí que cada historia sea, a veces, muy disímil de otra que sobre lo mismo se cuente en otro lugar, aunque con características propias y sui géneris, que las hacen originales y únicas.

Mi abuela doña Isolina Escalante Rojas, era *shishaca* de nacimiento, por ser natural de la región de la sierra, es decir, por ser de *Huacapampa*, Celendín, o sea, de una provincia de Cajamarca. Ella, por añadidura, me crio a partir de uno hasta los doce años. Desde que tengo uso de razón, la escuché con mucha curiosidad e interés, narrarme la particular odisea que fue su vida, pintoresca y aventurera, además de muchas otras historias ocurridas en La Ochora, pueblito de la provincia de Moyobamba que se caracteriza por encontrarse ubicado en las faldas de un Morro ciclópeo; pero, solitario, en toda esa planicie verde esmeralda que es el Valle del Alto Mayo. Claro que, junto con las historias ocurridas en La Ochora ella me contó, también, las que sucedieron en los pueblos de la sierra y la selva que ella visitó o vivió. Resulta evidente que, ella, por

ser natural de Celendín, escuchó esas historias de las personas que, en su andariega vida antes de anclar en *La Ochora*, conoció en su algo andariega vida.

Así es cómo me enteré de lo que le ocurrió al conquistador Alonso de Alvarado, que fundó la ciudad de Moyobamba, cuando se rozó con las ramas de un árbol de ítil. Todo el mundo sabe en La Ochora y Moyobamba que, ese árbol pareciera que tiene un ser maligno viviendo dentro de él, el mismo que por haber sido confinado allí, debido a sus malas acciones en alguna otra vida, hasta la fecha no mejora su actitud hacia las personas, a las que sin motivo y sólo por el hecho de haber rosado su cuerpo con alguna parte de él, de inmediato los cubre de ronchas que producen mucha comezón y un terrible escozor hasta doler. Lo anecdótico de esta situación resulta que su odio se aplaca, como por arte de magia, cuando la persona le saluda respetuosamente llamándole “tío ítil”.

Igualmente, así es como supe de otras historias algo tenebrosas o fantásticas, cada cual más misteriosa a la par de verosímil. El libro incluye, así mismo, otras narraciones que han surgido como producto de mi experiencia personal. Viví en *La Ochora* con mi abuela, primero 12 años, luego tres años más, después de estar con mi madre en Cajamarca durante un año —que fue en 1955—. El lector, seguramente, después de leer cada uno de los cuentos, sabrá discriminar cuál es cuál. La narración “*Cualquiera*”, por ejemplo, narra lo que le ocurre a un

simplón cauchero que, por no pensar su respuesta al ser interrogado por un cacique, encuentra en la cama donde acostumbraba dormir, a una perra que se llamaba “*Cualquiera*”. En la historia “*Cuando el tunchi silba*” que resulta anecdótica, se narra como un *pihuicho* es causante de que un *tunchi* persiga a los protagonistas el cuento durante un último tramo de su caminata de *La Ochora* a Moyobamba. Por su parte, en “*El Chapanero*” se narra las peripecias que tiene que pasar un *cazador de chapana*, frente a las bromas, no de un *Chullachaqui* sino de varios; y, cómo... los vence a todos gracias a una argucia muy ingeniosa de su mujer.

“*La finada no quería madrastra pa’sus hijos*” es la historia de un huérfano que, frente a la desgracia de perder a su madre en un naufragio en el río Mayo, es criado por la cuñada de su padre que se había quedado solterona, al ser “*salada*” por su hermana menor que se casa antes que ella. Con el tiempo y las aguas el cuñado se acostumbra a vivir con su cuñada y, después que él y su cuñada tienen un sueño en la que se les aparece la muerta, deciden vivir juntos y darle algunos hermanitos al huérfano. En “*El fisgón*” se narra lo que le pasa a un mirón que muere botando espuma por la boca, después de observar una procesión de almas, la noche de difuntos.

“*Runamula*”, en cambio, es una historia de compactados con el diablo, que por la selva le llaman “*Shapingo*”. Como se sabe, la sociedad crea formas de control social

como “no convivas con un cura, porque te convertirás en *runamula* y te *chalaneará* el mismo *Shapingo* los viernes de luna llena”. En el “*Ayay mama*” se narra la historia de dos hermanitos, hombre y mujer, que sin darse cuenta resultan bogando de su cuenta en el río Indoche y luego en el río Mayo, sin que sus padres los puedan rescatar. Con grandes esfuerzos logran atracar la canoa en la orilla derecha del río Mayo, pero al caminar por unos purmales llegan a una selva donde se pierden, irremediamente. Al quedarse completamente solos y abandonados, lloran pidiendo ayuda a Dios, pero quien les ayuda es el *chullachaqui* que, en un acto poco común de compasión de este ser sobrenatural que habita los cortaderales y renacales, los convierte en una pareja de pajaritos. Pero, como tienen pena por sus padres, los pajaritos por las noches lloran diciendo lúgubrementemente “ayay mama”.

Finalmente, en “*El Huinsho*” se narra los sufrimientos que tiene que pasar un niño antes de protagonizar el cuento: “*De Capitán a Subprefecto*” que cuenta la odisea de un capitán instructor de cadetes que, después de protagonizar una rebelión contra el golpista Francisco Morales Bermúdez en la Escuela Militar de Chorrillos, es cesado en su cargo. La vida dura con una pensión magra le hace aceptar un cargo de subprefecto en Tocache, donde es abatido por un sicario pagado por los narcotraficantes que, por ese tiempo, reinaban allí.

*El autor*

## EL “TÍO” DEL CONQUISTADOR

*A Juan de la Serna Torroba*

— Me han comunicado que, —y, por supuesto, creo que la información es fidedigna— yendo hacia oriente se encuentra escondido en medio de la selva un tesoro inca de valor incalculable al que llaman “*El Dorado*” y que, además, por allí se encuentran también inmensos territorios que tenemos la obligación y el deber de ocupar o conquistar para la Corona Española. De no hacerlo, o si sólo nos demoramos en cumplir esa urgente tarea, los portugueses la ocuparán y colonizarán sin más trámite ni remedio y sin que ya nada nos quede a nosotros por hacer, de allí en adelante. Como yo, por orden directa del Señor Gobernador de Perú don Francisco Pizarro, tengo que ir a tomar el Santuario de Pachacamac y, de allí, pasarme a Lima para informarle de todo personalmente a él, usted y sólo usted, capitán don *Alonso de Alvarado Montoya González de Cevallos* y *Miranda* se encargará de cumplir esa importantísima y urgente misión —le ordenó en Trujillo don Diego de Almagro tratando de dar la

solemnidad necesaria a sus palabras, refiriéndose a él sin omitir todo su frondoso abolengo—.

— Pero armar una expedición de tal magnitud es algo que está fuera de todas nuestras posibilidades, don Diego. No disponemos de hombres suficientes ni mucho menos del dinero necesario para financiar los gastos que tal viaje demandaría —le replicó con un halo de preocupación bien fundada el Capitán Alonso de Alvarado al señor Adelantado don Diego de Almagro—.

— ¡Eso es lo de menos, hombre! —Le contestó de inmediato el aludido, y palmeándole uno de los hombros agregó—: recuerde usted capitán que todo lo que hemos logrado hasta ahora se ha hecho, prácticamente, a la buena de Dios. Así que, como entre los que se encuentran acantonados acá en Trujillo está el fiel y leal soldado don Juan Pérez de Guevara, por allí comience a hacer el reclutamiento de la gente que le acompañará y con lo que logre juntar, inicie la expedición de conquista del oriente de Perú lo más pronto que le sea posible —le respondió esta vez, tajante, su jefe el Adelantado aquel—.

El año de 1534 estaba ya por acabarse. Pocos días antes, un caluroso miércoles 6 de diciembre, don Diego de Almagro con la preeminencia de su cargo de “Adelantado” fundó la *Villa de Trujillo de la Nueva Castilla* en lo que, hasta ese entonces, fue el hermoso y próspero valle del río Moche que comprendía los territorios de *Chimú, Moche, Huanchaco, Huamán* y

*Mampuesto*. Posteriormente, el 05 de marzo de 1535, el Gobernador del Perú, el marqués don Francisco Pizarro González, instaló en la recientemente fundada *Villa de Trujillo* el primer Cabildo, con lo que la pérdida del acta original de fundación de la ciudad, acto que realizara su socio don Diego de Almagro sin cumplir con las formalidades debidas, quedaría ya subsanada en forma definitiva y para siempre.

Bien mandado y mejor aleccionado por don Diego de Almagro, el capitán Alonso de Alvarado logró reunir apenas trece soldados, eso sí, bien aprovisionados de armas, armaduras y cabalgaduras y, tan pronto le fue posible, inició la expedición dispuesta por el fundador de Trujillo, partiendo desde esta villa con dirección al cacicazgo de los Chachapoyas que, según lo que le informaran muchos nativos de Moche era comparable tan sólo con el grandioso Tahuantinsuyo. Además de los trece soldados españoles, logró que le acompañaran en esta nueva aventura más de cien nativos, de Moche y Huamán en su mayoría, que se encargarían de servir como guías e intérpretes en el viaje, además de proveedores de agua y comida.

Como bien le indicara su jefe el Adelantado Diego de Almagro, don Alonso de Alvarado cuidó de incluir entre sus 13 expedicionarios al soldado Juan Pérez de Guevara. Él, por su parte, sabía que iba a ser un largo y penoso viaje el que estaba iniciando; pues, tenía que llegar primero al cacicazgo de los huamachucos y de allí, por un camino

inca que iba por las cumbres de la cordillera de los Andes del Norte, alcanzar las nacientes del río Utcubamba. De este lugar, a su vez, según le indicó el jefe de sus guías nativos que pasaban de ciento cincuenta hasta ese momento, porque se le fueron uniendo más de estos guerreros voluntarios por los caminos que recorrió, sólo habría una jornada hasta el fabuloso reino de los Chachapoyas.

Lo que más le asombró al experimentado y audaz capitán Alonso de Alvarado en todo este singular recorrido, además de notar un deslumbramiento total de los naturales que llegaban a verlos, fue el singular hecho de que sólo con su presencia les infundían un temor casi absoluto, junto con todas las formas de desconcierto y estupefacción que hubieran conocido, lo cual, sin duda, se tradujo en otro hecho más singular todavía: no haber hallado ninguna clase de resistencia armada de cierta envergadura y, sobre todo, organizada. Salvo ciertas escaramuzas con algunos grupos de nativos que se concretaron a atacar a sus guías, pero no a ellos; y, prácticamente, sin mayor resistencia armada Alonso de Alvarado llegó hasta los territorios de los aguerridos *Chachapoyas* en donde fundó la ciudad de *San Juan de la Frontera de los Chachapoyas*, el 5 de setiembre de 1538.

Allí en la recientemente fundada ciudad a la usanza española, el capitán Alonso de Alvarado se enteró que, en el siglo trece después del nacimiento de nuestro señor Jesucristo, se desarrolló en toda esta región, de una



orografía muy accidentada, de climas y pisos ecológicos muy cambiantes y de una diversidad biológica asombrosa —debido a la presencia de los colosales contrafuertes de la cordillera oriental de Los Andes del Norte—, la milenaria civilización de los *Chachapoyas* que legara a la posteridad, como vestigio imperecedero de su grandeza cultural, la formidable fortaleza de Kuélap y; si bien existían evidencias de que hubo presencia humana en dicha región desde siete mil años antes de Cristo, el legado más rico y representativo de la zona lo constituían las construcciones circulares y las paredes decoradas con frisos romboidales y en forma de zigzag de los ya mencionados Chachapoyas, mágicos vestigios que, mediante sucesivas y pequeñas expediciones él mismo Alonso de Alvarado pudo verificar, por lo que ordenó al sacerdote que le acompañaba, registrar todo eso en alguna forma por escrito.

Allí también se informó que, estos pobladores anteriormente rindieron culto a los muertos y que, la prueba de ello, eran las momias de la *Laguna de los Cóndores* y los *sarcófagos de karajía* que se encontraban enclavados en los acantilados. Le contaron igualmente que, los *Chachapoyas* opusieron una tenaz resistencia a la expansión inca; pero que, finalmente, después de un largo y ardoroso sitio de la fortaleza de *Kuélap* fueron derrotados por el inca *Túpac Yupanqui*.

Que, también, después de aquella carnicería sin nombre, *Huayna Cápac* sucesor de *Tupac Yupanqui* consolidó la

supremacía inca imponiéndoles su lengua, su religión y su cultura en general, a sangre y fuego; por lo que, desde esa infausta época, *Kuélap* fue la punta de lanza para las demás conquistas incas de la mágica región amazónica; pues, se sabía que llegaron a tomar posesión de todos esos territorios hasta lo que actualmente es Lamas, después de cruentas guerras con los *mayorunas* o pobladores nativos del valle del río *Mayo* a los que, finalmente, doblegaron e hicieron huir hasta las márgenes del río *Ucayali* y del río *Yavarí* donde hasta la fecha existen.

Sobre la base de este conocimiento, el fundador de la españolísima *Chachapoyas* juzgó oportuno que esta ciudad debía constituirse en “*La Capital del Oriente Peruano*” con cuyo objeto, sus dominios comprenderían desde la margen derecha del río Marañón hasta donde sus expedicionarios encontrarán colonias portuguesas formalmente establecidas; pues, sabía a ciencia exacta que el reino de Portugal estaba tratando por todos los medios posibles a su alcance, incluyendo el financiamiento económico de expediciones descubridoras en base a mercenarios, de ampliar su colonia de Brasil hasta donde encontrase, en contrapartida, colonizadores españoles ya establecidos.

En razón de todo eso es que, desde *San Juan de la Frontera de Chachapoyas* el Capitán Alonso de Alvarado da inicio a una serie de expediciones de descubrimiento y conquista de los territorios de oriente o selváticos, de la gobernación del marqués don Francisco Pizarro; porque, justamente, allí le dieron noticias de que tales selvas

hostiles fueron conquistadas anteriormente por el inca *Túpac Yupanqui* y su hijo *Huayna Cápac* y que, el capitán Alvarado consideraba que le correspondían a Francisco Pizarro por derecho de dominio, fundamentalmente. Al parecer, la Corona Española al no tener claras las dimensiones reales de los territorios conquistados por sus huestes invasoras, concedió a Francisco Pizarro casi toda Sudamérica o, por lo que es de entenderse, todo lo que comprendió el avasallado Imperio del Tahuantinsuyo, sin precisar lo que tendría que corresponderle a Diego de Almagro. En esta repartija, de Hernando de Luque ni siquiera se acordó.

Es en ese tiempo cuando, bajo las órdenes de Francisco Pizarro y ya no de Diego de Almagro, porque este se encontraba tratando de conseguir sus propios dominios territoriales al sur de Cusco es que, don Alonso de Alvarado funda, siempre a la usanza española, la ciudad de *Moyobamba* porque fue Alvarado y no otro —según la usanza española, el jefe de una expedición era quien fundaba una nueva ciudad, jamás esta función era delegada a un soldado, ni siquiera al lugarteniente— quien sentó las bases y levantó el plano de la ciudad de *Santiago de los Ocho Valles de Moyobamba* fundándola oficialmente el 25 de julio de 1540.

El nombre de *Santiago de los Ocho Valles de Moyobamba*, se debió a que la nueva ciudad comprendería desde su fundación y, para siempre, los valles que forman hasta la fecha los afluentes del gran río Mayo como son: el valle del río *Yuracyacu*, el valle del río *Negro*, el valle del río

*Tónchima*, el valle del río *Indoche*, el valle del río *Rumiyacu*, el valle del río *Gera*, el valle del río *Huascayacu* y el valle del río *Juningue*. Como el río Mayo es afluente del río Huallaga, la meseta donde se ubicó la ciudad de Moyobamba quedaba y queda hasta la fecha en lo que ha dado en denominarse valle del Alto Mayo.

Desde Moyobamba esta vez, Alonso de Alvarado comenzó a explorar los nuevos y recientes territorios incorporados al dominio español. Se sabe que, en la primera oportunidad, para lograr este menester envió en comisión a Juan de Rojas, ex soldado español al que hizo traer desde Chachapoyas, por ser de su entera confianza, para que viese lo que hay adelante y, después, informarle de los nuevos descubrimientos en forma detallada y exhaustiva. La expedición de Rojas compuesta de 40 hombres se internó en esos parajes selváticos durante cerca de 40 días sin comer otra cosa que pescado, *inguiri*, *sachapapa*, *michucsi*, *cocos*, *wikungos* y agua, logrando llegar hasta una región maravillosa llena de montañas y cruzada por muchos ríos, algunos muy hondos y caudalosos que no tenían vados conocidos, en razón de lo cual decidió volver a *Moyobamba* donde se encontraba acuartelado su jefe, el capitán Alonso de Alvarado para cumplir con el encargo de informarle de lo que vio.

Aquí en Moyobamba es, también, donde Alvarado se entera que Juan Pérez de Guevara, a quien dejara en *Chachapoyas* con un pequeño contingente de soldados y ya con el rango militar de capitán, se encontraba luchando a las órdenes de Cristóbal Vaca de Castro, para develar la

sublevación de los almagristas que, al mando de Diego de Almagro *El Mozo* buscaban vengar la muerte de su padre, que fuera decapitado tan ignominiosamente con juicio sumario, en el mismo campo de batalla, después de su derrota en la batalla de *Salinas*, con lo cual el inmenso poder que ya tenía Pizarro quedó más que consolidado.

En base a las informaciones de Juan de Rojas; pero, más que todo, en base a lo que él mismo llegó a indagar de boca de su amigo el cacique de *Yuracyacu Atok Shupingahua Huancahuire* acerca de lo que existía al oriente de *Moyobamba*, él mismo, con un contingente de 70 hombres se internó en la selva, siguiendo al comienzo por la orilla derecha del río Mayo, llegando hasta la región de los *Motilones* que comenzaba en las márgenes del enorme río *Huallaga* y que, para su asombroso y estupefacción, le dijeron que era sólo un afluente del río *Marañón*. Allí, *Atok Shupingahua*, que le acompañaba, le refirió a su vez que, de la otra parte del río, andando 15 jornadas y traspasando las montañas de *Angaiza*, se llegaba a una gran tierra llana donde había un gran lago, en cuya ribertera vivía un orejón del linaje de los incas llamado *Ancoallo* y que éste era conocedor donde se hallaba, a su vez, *El Dorado*. Pero, como a partir de allí sólo encontró enormes selvas y ríos, decidió regresar a *Moyobamba*, ciudad en la cual le gustaba estar por su clima suave.

Con el cacique *Atok Shupingahua* Alonso de Alvarado después de su expedición a las tierras boscosas del oriente de *Moyobamba* hizo gran amistad. Él le enseñó a degustar

el caldo de *carachamas* que pescaban en la desembocadura del río *Gera* sobre el río *Mayo*, donde abundaban. Con él aprendió que la *leche de oje* depuraba el organismo de toda clase de bichos intestinales. Pero; lo más anecdótico de todo fue que, con su amigo *Atok*, don Alonso de Alvarado encontró que por esas selvas tenía un tío.

— Este es un asunto de creer y no también —le dijo ceremoniosamente *Atok* a un incrédulo Alonso, la vez que se fueron a pescar yuquillas o camaroncillos en el río *Rumiyacu*—; pero, si ve usted que junto a la trocha hay un árbol que tiene manchas marrones en su carapa, debe pararse usted de inmediato y con mucho respeto saludarle antes de pasar junto a él. Si es de mañana deberá usted decirle: *muy buenos días tío útil* y si es de tarde, *muy buenas tardes tío útil*. Si se olvida usted de cumplir con este ritual, va usted a coger una fastidiosa enfermedad en su piel que le producirá una comezón loca y un escozor que, por su intensidad, usted no va a parar de rascarse hasta hacerse heridas en la piel. Después, estas heridas se infectan y usted padecerá de fiebres, hasta morir.

— Esta tonta cosa sí, no te la voy a creer Amigo *Atok*. Pues hombre, no faltaba más. Yo, el capitán Alonso de Alvarado saludando de ese modo a un árbol, a un árbol... qué barbaridad —en contrapartida, se encontró con un *Atok* seguro de lo que decía que, de yapa, agregó lo siguiente:

— Como ya le dije amigo Alonso, eso es cosa de creer y... no también. Pero, si encontramos en nuestro

camino a ese maldito árbol, haga lo que le estoy diciendo. De lo contrario, yo no respondo. Resulta que, saludarle a aquel arbolito sería lo de menos, si así se libra de esa picazón y las ronchas que, estoy seguro, le van a salir por todo el cuerpo.

— Pero, hombre, tu sí que eres terco, porfiado y encima creenciero, además de necio e ignorante. Ya te dije que yo no pienso hacer la tal cosa esa de saludar a un árbol. Éstos son seres vivos, claro que sí; pero, no oyen ni ven, ni mucho menos sienten la presencia de un ser humano. Por lo tanto, le salude o no, eso le va a tener a él sin cuidado.

— Yo no más le digo para que evite, de encontrarnos con el *tío útil*, esa rara enfermedad de la piel que es muy fastidiosa.

— Y yo te digo que esa bobería no pienso hacerla y... ¡sanseacabó! —Su amigo *Atok* calló, pero pensó para sí: “ojalá que no hallemos ningún *útil* en nuestro camino, por lo que es de verse, este hombre es más testarudo que yo...—”.

Y se fueron caminando por los bordos del río *Rumiyacu* cubiertos de variada vegetación, hasta que por allí apareció un pequeño arbolito con las características que el curaca *Atok* le describiera a don Alonso. Como *Atok* lo reconoció de inmediato, con mucho respeto antes de pasar a su lado le dijo:

— Muy buenos días tío *útil*.

El capitán Alonso de Alvarado, en cambio, siguió de largo haciendo con la mano derecha el ademán de que no le importaba para nada cumplir con aquel mentecato ritual, con tan mala suerte que, encima de no saludar al *íttil*, su mano derecha rozó el bendito árbol. Para dar más solemnidad a lo que hizo, le dijo a su amigo *Atok*:

— Ya verás, hombre creenciero y supersticioso que no me pasará nada de lo que me has dicho.

Para qué lo diría. En menos de cinco minutos la piel de su brazo que rozó al *íttil*, se le cubrió de infinidad de manchitas parecidas a las que tenía la corteza de aquel árbol. Luego le sobrevino el escozor ya avisado. Antes de que pudiera evitarlo, todo su cuerpo se hallaba engranjado y él, por más esfuerzos que hizo, no pudo evitar rascarse como un loco.

— Vaya pues, hombre. Veo que tuviste razón. Pero, ahora ¿qué podemos hacer para que este mal se me pase?

— Es muy simple amigo Alonso. Tienes que ir a donde está el tío *íttil*, en mi compañía por supuesto, y decirle compungido y con mucha sinceridad y respeto: “Perdóneme tío *íttil* por no haberle saludado, pero ahora lo hago con mucho respeto: ¡*Buenos días tío íttil!*”



## CUALQUIERA.

*Si te dan a elegir entre varias cosas, escoge una.  
Es tu prerrogativa. No digas nunca: ¡Cualquiera!*

Hace mucho tiempo, cuando los caucheros con la ilusión de hacerse ricos de la noche a la mañana, comenzaron a extraer la savia de los árboles de *shiringa* de los bosques de la Amazonía, Amadeo Tuesta Rodríguez, huérfano de madre moyobambina y huérfano de padre de Juanjuí, se perdió sin remedio en un bosque de árboles de caucho que en ese entonces había surcando el río Mayo, por los montes cercanos a lo que ahora es *Yuracyacu*.

Al no poder hallar el camino de regreso que lo llevara a Moyobamba, agotado por el cansancio, el hambre y la sed, ya casi moribundo, apostrofaba mentalmente de su mala suerte porque, dado su estado, eso era ya lo único que podía hacer. Estaba echado, justo encima de un gran caserón de hormigas *curohuinses* que, gracias a que Amadeo no hurgó o dañó su caserón, ni tuvo la menor intención de cazar a las “*siquisapas*” o reinas de estos insectos, que ellos cuidan con su vida, menos mal que no

le hicieron nada, aunque sí se pasearon sobre su cuerpo casi exánime:

— Carajo, —decía para sí— para qué diablos mi madre me traería a este mundo. Desde que recuerdo, sólo sufrimientos me ha dado, esta vida de perros que he llevado siempre. Al perder a mi madre me crie como muchacho de manos en la casa de los señores Del Águila. Allí, los viejos eran buenísima gente; pero, sus hijos me sacaban la mierda por cualquier adefesio que yo hubiera tenido y ellos no. Luego, cuando ya me hice hombre me “*levaron*” para el ejército, que de bueno tampoco tuvo nada. La comida era pésima y el trato era muy duro. Pero, allí aprendí como se junta la leche de *shiringa* y se hace las pelotas de caucho que se comercializan en Iquitos...

Antes de perder el conocimiento y mientras trastabillaba, al tratar de levantarse, Amadeo se pisó sobre un montículo de tierra cubierto en su totalidad por la maleza, y allí, resultó picándole una *isula*, negra como su suerte, en la pierna derecha. La picadura de este insecto si bien no es mortal, produce fiebre muy alta en todo el cuerpo e hinchazón y dolores atroces como punzadas, en la zona afectada por la picadura, durante veinticuatro horas. Adolorido y con fiebre cómo estaba, por la picadura de la *isula* y creyendo que, dadas las circunstancias, su hora le había llegado, se desmayó y ya sin conocimiento de nada, cayó como en cámara lenta sobre la poca hierba del suelo.

Pasados dos días, con la pierna derecha hinchada todavía, fue encontrado por unos cazadores nativos, para su suerte, antes de que las *tangaranas* y otros insectos carnívoros hicieran lo propio. Respetuosos como siempre de la vida de un semejante, tuvieron que hacer una angarilla cortando palos con los filudos machetones 128 que compraron en Moyobamba, la vez que fueron a hacer trueque de sus productos con los de la gente de ese lugar. En esa angarilla lo llevaron a rastras hasta el simulacro de pueblo en la que su tribu vivía. Allí fue acogido por el curaca Juan Amasifuén, que le dio posada y dispuso que la curandera lo cuidara hasta que sane.

Esto último fue cumplido al pie de la letra por aquella, porque le iba la vida si a ese hombre blanco le hubiera pasada una desgracia. Sin embargo, la tarea le resultó fácil porque una pócima a base de ajo macho, fue suficiente para curar al enfermo. Cuando Amadeo estuvo totalmente restablecido, agradeció de la mejor forma que pudo a la curandera y al buen curaca, manifestándole de la forma más amable y suplicatoria que pudo, su deseo de regresar a su tierra: Moyobamba.

— Ahhh, ese pueblo grande poblado de blancos que hay rio abajo —entre que le aclaró y le preguntó el curaca—. Luego, entre curioso y rebuscador, le observó de arriba para abajo y de abajo para arriba, le palpó los muslos, las caderas, la panza y el pecho, comprobando que era un buen ejemplar de varón, aunque muy flaco. Hecho

todo esto, se le quedó mirando como buscando una respuesta del hombre que él había salvado de la muerte. Ante tal actitud, Amadeo Tuesta sólo atinó a contestarle:

— Si señor curaca. Esa es mi tierra y allí está mi familia, esperándome.

Al ver el tono humilde y lleno de sinceridad de Amadeo, al que desde que lo conoció lo consideró un hombre de buenos sentimientos, el curaca le aceptó este pedido, con la condición de que antes de partir se empadrara con una de sus dos hijas, porque quería tener un nieto cruzadito con blanco, del mismo modo que ansiaba mucho, también, que su perra le diera cachorritos para convertirlos en perros de caza, curándolos a su usanza. La “usanza” aquella consistía en instilar jugo de *pucunuchu* mezclado con *ayahuasca* en las dos fosas nasales del perro.

Amadeo, ansioso como estaba por regresar al lado de su familia, aceptó la oferta de encamarse con una de las hijas del curaca, sin dudarle un solo momento. Para él, en su situación, cualquiera de las hijas del curaca, estarían bien. ¿Para qué diablos iba a estar escogiendo, todavía? Estaba seguro que el curaca Juan no le obligaría a nada más, pues “*sólo quería un nieto cruzadito con blanco* —eso dijo con sus propias palabras y, ese pedido, él supuso que podía satisfacer sin elegir a alguna de ellas en particular, total que era sólo para dejarle un nietecito al viejo curaca—.

Sin embargo, lo que le preocupó más era la parte de: “*tanto como unos cuantos cachorritos en su perra*” —pedido que estaba lejos de su alcance y, seguro que, como él no podría satisfacer tal cosa, el curaca ya vería como lograría satisfacer esa necesidad suya—.

Sabía por las historias que le contaron sus antepasados que, a los curacas; y, en general, a los nativos de esta parte de la selva les gustaba, según ellos, “mejorar” su descendencia cruzándose con gente blanca. Sabía también, que jamás se les debía negar un pedido u ofrecimiento, porque de hacerlo, ellos se negaban a satisfacer lo que sus huéspedes les pidieran.

Por la consideración que le llegó tener a Amadeo, quien le enseñó a usar armas de fuego para cazar animales de monte, entre otras cosas que él no conocía, el curaca en una especie de deferencia especial hacia él, le preguntó:

— Y... ¿A cuál de mis dos hijas preferirías para que me des el nieto que deseo? ¿A la primera que es hermosa, ya entradita en años, aunque, no vieja todavía?; o ¿A la segunda que es todavía una *huambrilla* ya que recién no más se ha convertido en mujer? —le planteó el curaca a Amadeo, más como pedido que como una orden—.

— A “cualquiera” —respondió en forma apresurada Amadeo porque, según él, si era para cumplir sólo con

darle un nieto a este curaca, le daba igual la primera o la segunda de sus hijas—.

El curaca no sin poca estupefacción y asombro, dispuso de inmediato que atendieran el pedido de su huésped. Grande fue la sorpresa del simplón Amadeo cuando esa noche, dispuesto para cumplir su compromiso y regresar libre a su casa, encontró en su camastro bien acomodada a la perra del curaca Juan...

La perra de aquel curaca se llamaba “*Cualquiera*”.

## CUANDO EL TUNCHI SILBA

Mamerto Chanzapa Shupingahua llegó hasta donde nos encontrábamos jugando fútbol ocho contra ocho en la cancha del Sport Dos de Mayo que, en *La Ochora*, se encontraba camino a *El Chorro*. El gras allí era natural y la altura del pasto diríase que, también, era reglamentario. De esa labor se encargaban los caballos, los burros, los mulares, las vacas y los pocos carneros que la gente criaba en el pueblo, sueltos en la gran pampa que lo circundaba. Tan pronto llegó a donde jugábamos suplicó a gritos, para que todos lo oyéramos:

— ¡Ya pue *cumpitas*, déjenme entrar en alguno de los equipos para poder jugar yo también!

— Tienes que conseguir que alguien haga yunta contigo pue, Mamerto, para que entren uno por cada equipo pues, *cumpita*, y para que sigamos parejos como estamos. Así como propones no funciona la cosa, hay una apuesta de por medio y ya sabes que cuando pasa eso nadie da ventajas —le contestó Edison Torres, nieto de la señora Carmen Torres y, desde hace un mes, recién llegado de la ciudad de Lima, la gran capital de la república, dando de

ese modo por denegada su petición, pero él siguió insistiendo en su súplica—:

— Entro en el equipo que está perdiendo, para compensar pue *cumpitas*. No sean malos pue. Además, yo prometo pagar también la cuota para la apuesta.

— Estamos empatados a uno. No se puede —le volvió a negar tajantemente Edison Torres que era el dueño de la pelota y el capitán de uno de los equipos—.

— Que entre en el equipo de los de la parte baja del pueblo, o sea los del equipo de Edison; y, tan pronto venga otro jugador lo incorporamos a nuestro equipo que se quedaría con ocho, que somos los que vivimos desde el jirón Leoncio Prado hacia el Chorro —medió a favor de su amigo Mamerto, Alfredo Izaguirre que, por ese entonces, era el único *ochorino* que estaba estudiando la secundaria en Moyobamba—.

— Que así sea, si tú lo pides, Alfredo. Pero la apuesta sigue en pie, no te “*paltees*”. El equipo que pierda pagará la apuesta que consiste en un vaso de chicha dulce de cinco centavos para todos y cada uno de los ganadores, en la tienda de doña Valdramina Sandoval que queda a una cuadra de aquí —volvió a aclarar Edison—.

— No creo que haya problema con respecto a eso ¿no es cierto *cumpitas*? —contestó Alfredo a Edison y, a la vez, consultó a sus compañeros de equipo. Mientras tanto, el juego que se hubo detenido, comenzó de nuevo —.



Al final del partido, que ocurrió cuando la oración se cerró y sólo los *ninacuros* o luciérnagas eran la única luz que alumbraba el campo de juego, los equipos quedaron empatados dos a dos y cada jugador tuvo que pagar su propio vaso de chicha, en la tienda de doña Valdramina, para aplacar su sed, como era la costumbre en este tipo de situaciones. Aunque... hubo algunos casos en los que alguno de los jugadores invitaba a su rival de juego, y allí quedaba todo.

Era domingo por la noche y Alfredo tendría que madrugar a Moyobamba para estar en clases el lunes a las ocho de la mañana, después de tres horas de caminata a pie. En esos casos, su abuela era su despertador; pero, a ella, a su vez, le despertaba el primer canto del gallo, cosa que ocurría a las tres de la mañana, a las cuatro o, por lo general, a las cinco; pero ella, no siempre lo escuchaba a una misma hora. Solía despertarse al primer canto a las tres de la mañana, al segundo a las cuatro o al tercero, a las cinco de la madrugada.

En la madrugada el cielo de la selva casi siempre está despejado, aunque durante el día tenga la apariencia de panza de cuy blanco, y allí se puede distinguir bien claro a los planetas Venus y Mercurio. Este último cuando ya va a comenzar el día, comienza una carrera desesperada para recorrer una parte del firmamento y esconderse en uno de los extremos del cielo que sólo él sabe en dónde está.

Cuando Alfredo llegó a la casa de su abuela para bañarse, consumiendo el agua de por lo menos un cántaro traído

sobre su cabeza y encima de una *humallina* desde *El Chorro*, por alguna mujer que le hacía a ella este servicio a diez centavos por viaje, allí encontró haciendo lo mismo a su amigo Nelson López Seminario. A él no le gustaba jugar fútbol, pero estaba sudado del viaje a pie que había hecho desde Rioja a *La Ochora*, a donde se había ido a buscar un *pihuicho* para su hermana Zoila.

— Fíjate pues Alfredo, tuve que viajar a Rioja ahora bien temprano desde Moyobamba, para buscarle un *pihuicho* a mi hermana Zoila. Mi cuñado Severo me ha dado diez soles para el mandado, porque uno de sus *pihuichos*, el sábado, amaneció muerto sin saberse de qué. Dice él que, si no consigue pronto pareja para el que ha quedado vivo, pronto se morirá también. Lo malo es que, a Rioja, saliendo de Moyobamba a las cuatro de la mañana, llegué ya a eso de las once. A esa hora la *pihuichera* ya no tenía *pihuichos* ni para remedio. Después de buscar por todos los sitios posibles tuve que almorzarme un *juane* en el mercado, ya cerca de las dos de la tarde, después de lo cual me vine a *La Ochora* con las manos vacías.

— Vaya hombre, ¡qué problema! Pero, aquí en *La Ochora* mi amigo Mamerto Chanzapa también vende *pihuichos* y hasta loros y guacamayos, cuando tiene, claro está. Hoy he abogado para que le dejen entrar a jugar fútbol a pesar de que se vino solo y estábamos con ocho jugadores en cada equipo. Si tiene por lo menos un *pihuicho*, no creo que me niegue si le pido que te lo venda.

Bien bañados y oliendo a jabón de pepa, que era el único jabón que por costumbre dejaba mi abuela a disposición de todos en su casa, —ya que, si bien tenía jabón de olor marca “Reuter”, ella lo sacaba sólo cuando tenía visitas—, nos fuimos a buscar a Mamerto. Enterado de la situación por mí, aceptó venderle un *pihuichito* tiernito, que era el único que le quedaba, haciéndole esta aclaración:

— Si es macho el *pihuicho* que ha quedado vivo de la pareja que tuvo tu hermana, va a matar a este *ashirillo* en la primera que se queden solos. Si en cambio es hembra, no habrá problema amigo. Lo criará bien a este chiquitillo, como una verdadera madre hasta que se haga lo suficiente mayor y se convierta en su macho. Así que, cuando lo pongas en la jaula tienen que hacerse los que se van a otro sitio y estar atentos de esta situación que les estoy diciendo.

— No se preocupe amigo, en Moyobamba mi cuñado Severo sabrá qué hacer. Cría *pihuichos* desde hace bastante tiempo; pero, le voy a pasar el consejo que usted me acaba de dar de todas maneras. Un buen consejo vale, aunque sea de un conejo, dice el refrán —le contestó Nelson para luego preguntar—: Ahora, dígame amigo Mamerto: ¿en cuánto me venderá este *pihuichito llullo*?

— Ya no está *llulo*, *maltoncito* sí. Que sean tres solcitos ya pue, por eso. A cinco los vendo cuando ya están lograditos. Pero, por ser mi amigo Alfredo quien le ha traído hasta mí, que quede en el precio que le he dicho. Difícil se ha puesto últimamente encontrar *pihuichos* en el

monte. Mucha gente los busca para llevarlos a la sierra y a Lima, especialmente. Y... ¿cuándo viaja de retorno a Moyobamba con su *pihuichito*, amigo?

— Mañana bien temprano es seguro; pero, de repente le convengo a Alfredo para irnos más de un ratito no más, aprovechando la fresca de la noche —le contestó Nelson, como si fuera natural irse caminando en plena noche por esos caminos casi cubiertos por la tupida maleza y durante tres horas hasta Moyobamba—.

— No se vayan de noche. Ayer por la tarde yo he visto y oído que canta el *urcututu* sobre el techo de don Desiderio. Me han dicho que mañana a las cuatro de la madrugada se va a la “*mina de sal de cerro*” a comprar un par de arrobas. Pero, según mi experiencia, ese pobre viejo ya no va a volver ni vivo ni muerto, creo. Por Dios que el *urcututu* no falla y cuando aletea... es para muerte violenta o rara —les aconsejó Mamerto, más de buen corazón que queriendo infundirles miedo—.

— En todo caso eso será, pues, válido para el pobre viejo de don Deshico, pero no se vale para nosotros, que somos harina de otro tiesto. Por nuestra casa el maldito *urcututu* no se ha echado todavía ni una pechada... —le contestó escéptico ante esas cosas Alfredo Izaguirre a su amigo Mamerto, que fuera su compañero de estudios en primaria—.

— Bueno pue, amigos —les retrucó de inmediato éste—; pero, si escuchan silbar al *tunchi* por allí, no se les

ocurra remedar su silbido, porque si lo hacen les va a perseguir por un canto del camino hasta Moyobamba y... seguro que el *pihuichillo* que llevan, esta vez, si ocurre lo que les digo, se va a morir del susto; aunque, existe también la posibilidad de que se ponga a silbar igual que él sólo por fastidiarle al *tunchi*. Estos pajaritos no sé qué bronca le tienen ala *tunchi* amigos, porque sólo es cosa de que le oigan silbar una vez, para que se pongan a imitarlo sin motivo aparente.

— No va a pasar nada Mamertito. Ya lo verás —le tranquilizó Alfredo a su amigo Mamerto como darle unas palmaditas en el espalda—.

Y Nelson pagó el pequeño lorito sin regatear y sin hacer ningún otro comentario más. Al llegar a la casa de mi abuela lo acomodamos en una canastita y le provisionamos con un pedazo de maduro *muro-muro*, para que coma si tiene hambre. Luego nos fuimos a la cocina donde mi abuela nos dejó nuestra comida como ella acostumbraba: en platos de fierro aporcelanado envueltos en un mantel sobre una olla con agua caliente, al filo del fogón.

— Así que, ¿te animas a irte a Moyobamba conmigo hoy en la noche no más? —le preguntó Nelson a Alfredo—.

— Claro. A mí me parece mejor irme en tu compañía a esta hora de la noche, que irme sólo a las dos de la mañana. Mi abuelita, una vez, me ha despertado a esa hora

y, a esa hora tuve que irme. Llegué a Moyobamba a las cinco de la madrugada y ya no pude dormir nada.

— Ya van a ser las diez de la noche —me contestó Nelson mirando su reloj pulsera marca Silvana enchapado en oro, para luego continuar—, si salimos de viaje ahorita no más, después que cojamos de la huerta unas naranjas para el viaje, estaríamos llegando a eso de la una de la mañana a Moyobamba, de sobra para dormir un buen rato todavía.

— Está bien. Le avisaré a mi abuelita —esa hora solía ella plancharme el uniforme comando de la secundaria de ese entonces, con su plancha de carbón con un gallito en la parte frontal del artefacto. Cuando le dije lo que iba hacer, me contestó—.

— Si te vas acompañado de Nelson —me contestó mi abuela, como si hacer un viaje de tres horas en la noche por la selva fuera una cosa sencilla y natural—, da igual que te vayas ahorita o de madrugada.

La luna llena alumbró el camino, por lo que casi en todo el recorrido no fue necesario utilizar las linternas de mano que cada uno llevábamos. Solo tuvimos que alumbrarnos con ellas para pasar el monte alto de almendras que existía entre la Pampa del Morro y el manantial de *Mishquiyacu*, monte que, hasta en pleno día, era completamente oscuro.

Por su parte, el río Indoche estaba bajo de caudal y lo vadeamos sin mayor inconveniente. Después que pasamos

la quebrada de Indaña había una cuesta para llegar a la meseta en donde, hasta hoy, se encuentra ubicada la ciudad de Moyobamba, a la misma que, por las torrenciales lluvias, se le habían formado grandes barrancos. Dejamos al lado derecho de nosotros una fábrica de tejas y ladrillos y, cuando todo hacía suponer que el viaje de tres horas a pie iba a concluir sin ningún contratiempo, escuchamos el harto conocido, para nosotros, silbido del *tunchi*:

— Fin, fin... fin, fin, fin.

Por lo menos en mi caso, todos los pelos de mi cuerpo se erizaron y mis piernas se volvieron de piedra negándose a caminar. A Nelson no sé qué le pasaría, porque se quedó mudo. Pero, el bendito *pihuicho* que él llevaba dentro de una canastita, se sacudió las alas y silbó imitando al *tunchi*:

— Fin, fin... fin, fin fin.

Fue suficiente. *El tunchi* se iba silbando a nuestra derecha entre las arboledas del monte y el *pihuicho* contestándole desde dentro de la canasta que Nelson llevaba con mucho cuidado cogido de su asa con la mano izquierda. Cuando por fin llegamos a Moyobamba, la silbada del *tunchi* se realizaba en la esquina paralela a la nuestra. Así recorrimos todo Lullucucha.

Cerca ya del jirón Alonso de Alvarado donde el padre de Nelson vivía y yo me hospedaba, a la altura del club

deportivo “San Martín” nos encontramos con una casa con una lámpara “Petromax” que pendía del dintel superior de la puerta y que, según la costumbre, señalaba que allí había velorio. El *tunchi* no pasó de allí, pero el desgraciado *pihuicho* siguió silbando igual a él hasta que entramos a la casa donde dormiríamos esa noche, casi muertos del susto. El *pihuicho* se calló por fin, cuando Nelson cubrió la canasta en la que lo habíamos transportado, con una toalla que dejó a la verdeavecilla, completamente a oscuras, signo inequívoco para él que era hora de dormir.

Cuando el siguiente domingo le conté a mi amigo Mamerto Chanzapa lo que nos ocurrió cuando llevábamos al *pihuicho* a Moyobamba, él sólo se limitó a aclararme lo siguiente:

— Un maldito *pihuichito* ya vuelta ha resultado el que les vendí. El alma de don Deshico seguro que le ha enseñado a silbar como *tunchi*. El día que ustedes me compraron el *pihuichito*, amaneció con las plumas erizadas, seguro del susto —tosió, y luego continuó—:

— Como al pobre de don Deshico se lo comió enterito una enorme mantona antes de su llegada a la mina de sal en Pilluana, seguro que cuando su alma ha venido a despedirse, ha silbado, y el *pihuichito*, rapidito no más, ha aprendido a imitar su silbido. El *tunchi* que les ha seguido desde la entrada de Moyobamba hasta donde se velaba su cuerpo en Llullucucha, ha sido seguramente de otro muertito y no de don Deshico, entonces... ¡Clarito como el agua, amigo Alfredo!



— ¿Cómo? ¿Dices que a don Deshico se lo ha comido entero una mantona allá por las cercanías de la mina de sal? —le preguntó Alfredo como pidiendo a su interlocutor un poco más de “relleno” —.

— Eso mismo te estoy diciendo, Alfredito —le aclaró, escuetamente el interrogado, cómo quien ya no tiene nada más que contar sobre el espinoso asunto—.

— ¿Y ahora quien va a tocar el arpa en los entierros?

— Eso sí que no lo sé, *cumpita*. Dios proveerá, dice el refrán. Porque en esa faena, don Deshico con su arpa, reemplazó a Don Ubaldo López y su famoso violín...

— Yo todavía he tenido la suerte de conocer a don Ubaldito y su violín llorón, cumpa Mamerto. Todo el trecho que hay desde la casa del muerto hasta el cementerio, don Ubaldo tocaba y tocaba el violín. Yo creo que el violín de don Ubaldo es lo que hacía llorar más a la gente en los entierros, que la pena por el que se iban a enterrar en el cementerio.

— Don Ubaldo murió ese año que usted, cumpa Alfredo, se fue a Cajamarca junto a su mamá.

— Claro que así ha tenido que ser. Después de pasar un año en Cajamarca, regresé otra vez con mi abuelita; pero, ya no estaba vivo don Ubaldo. Para mi sorpresa, don Deshico acompañaba los entierros con su arpa, que era un tremendo armatoste y que hasta ahora no sé cómo la cargaba y encima la tocaba.

— Amarraba el arpa a su espalda con una pretina pues cumpa, de esas que se usa para cargar leña del monte.

— La cosa es que ahora no habrá violín ni arpa en los entierros, mi querido amigo.

— *Lajuá* los muertitos. Así es la vida, cumpita.

## EL CHAPANERO

— Oye Ciriacito, ya no hay carne en el ahumadero. Pa' comer sólo tenemos ya unas tres o cuatro yucas medio renegridas por el tiempo, unos diez u once plátanos maduro *muro muros* y en el terrado, con suerte, todavía tenemos un costal de arroz y una *huayunga* de frejol huasca. Lo que es carne, pa'ti sobre todo que eres un gran *aichatero*, no hay nada... y a tus hijos, comer pango no les gusta.

— No te preocupes Zulmirita, ahora que se haga de noche, me vo'a a *chapanear*. Pa' mañana, aunque sea un *añuje* vamos a tener pa'masticar —le contestó Ciriaco a su mujer con una seguridad basada, presumiblemente, en su amplia experiencia como cazador de monte—.

— Yo no'má te dije pa'que sepas —le contestó ella como disculpándose—.

Esa noche Ciriaco se fue a su chapana. Ésta, quedaba dentro del monte, más o menos a media hora de distancia de uno de los bordes de su chacra de arroz, y se llegaba hasta allí por una trocha que él había hecho, justamente,

para hacer ese trayecto con facilidad. En la parte en donde terminaba la trocha se enseñoreaba un corpulento árbol de *ojé*. Como casi todo alrededor del *ojé* estaba limpio de maleza, Ciriaco construyó su barbacoa para *chapananear* a un costado de la zona libre de hierba y maleza.

En la época en que fructificaba el *ojé*, a ese lugar llegaban los “*majases*” y los “*añujes*” casi en manadas, pero Ciriaco prefería esperar a que llegue un sajino, alguna *huangana*, un buen venado o, en el mejor de los casos, una poderosa *sachavaca*. Con una de ellas alimentaba a sus hijos hasta por dos semanas. Pero esa noche, sólo le picaron los zancudos en forma inmisericorde desde que se dispuso a esperar a su presa. Cansado de no cazar nada, a eso de las tres de la madrugada decidió volver a su casa. Acomodó sus cosas en su alforja y se bajó de la chapana.

Ya se disponía a dar los primeros pasos, cuando escuchó nítidamente un leve tamborileo en una de las aletas del colosal *ojé*. Sacó su linterna de pilas “*Everady*”, esa que siempre le acompañaba cuando se iba a la chapana... y alumbró hacia allí. Pero, ¡Nada! Otra vez quiso iniciar el regreso a su casa, y el tamborileo, de nuevo, lo detuvo en seco. Alumbró nuevamente el sitio de donde provenía la bulla y esta vez vio algo como dos carbones rojos, igualitos a los ojos de un perro, cuando se le alumbraba en la oscuridad que se escondían debajo de la aleta del enorme árbol de *ojé*. Entonces, temblándole las manos como si estuviera con terciana, logró sacar un *mapacho* de su bolsillo, lo prendió y dijo con una firmeza que estaba lejos de sentir:

— Ya me has jodido so carajo de *Chullachaqui*. En toda la noche no he cazado nada, porque tú, de seguro, has espantado a los animales que vienen acá a *pallaquear* —le gritó Ciriaco a quien suponía que era el *Chullachaqui* y que, sabía que estaba escondido entre las aletas del *ojé*—.

— Fua, fua, jayyyyyyyyyy —se oyó una risita chillona perdiéndose por la espesura del monte—.

Ciriaco con la piel como carne de gallina, se retiró de allí tan rápido como pudo. Cuando llegó a su chacra de arroz, un movimiento en el arrozal hizo que dirigiera su linterna hacía allí. Pensó que, de repente, otra vez el *Chullachaqui* estaría por allí para fastidiarle; pero, al escudriñar la oscuridad con la luz vio que se trataba de un buen conejo. Apuntó su escopeta y disparó. Fue hacia donde estuvo el conejo comiendo el cogollo del arroz y ahí lo encontró. ¡Muerto! Ni siquiera pudo dar el salto acrobático que acostumbran dar estos animalitos cuando son heridos de muerte. Sus dos grandes incisivos se habían quedado hilvanando en su rostro una sonrisa de franca inocencia.

— No será tan bueno como el “*majás*” que, me ilusioné que cazaría; pero, mañana, aunque sea conejo habrá pa’la *tragana* —dijo Ciriaco como echarse al hombro la alforja en donde guardó el conejo y... enrumbó a su casa—.

Cuando llegó a su casa encontró que su mujer ya se hubo levantado de la cama. A manera de previsión había

prendido el fogón de la cocina donde puso a hervir una tetera con agua además de afilar bien el cuchillo que, pensó que necesitaría su marido para beneficiar el animal grande de monte que, infaliblemente, Ciriaco traía cada vez que se iba a *chapanear*. Grande fue su sorpresa cuando éste sacó de su alforja sólo un conejo. Un triste y lamentable conejo, por Dios... por eso, a manera de reproche le dijo:

— Ay maridito mío, este conejo se va'quedar en la muela de tus hijos y va'dar, a lo mucho, pa'una sentada y nada más. ¿Qué pue no has podido cazar algo más grandecito?

— El *Chullachaqui* me ha hecho la mala, mujer. Ha estado escondido en medio de las aletas del *ojé* y allí ha tamborileado para espantar la caza. En toda la noche no he podido ni siquiera ver un animal, ni grande ni pequeño... ¡que va mujer! Nunca me ha pasado algo así

— No te preocupes Ciriaquito. Pa' otra vez será.

— El asunto es que, en esa chapana, ya no vo'a poder cazar. El maldito *Chullachaqui* va a estar allí cuidando a los animales del monte.

— Yo te voy a preparar un remedio pa'que lo hagas correr de allí. Ya verás. Ahora anda duerme que yo beneficiaré al conejo.

Y Ciriaco fue a descansar en la hamaca. Hacía mucho calor para meterse a la cama. La hamaca, en cambio,

siempre estaba fresca. Se acomodó allí tan rápido como pudo. Se sentía cansado y encima frustrado hasta la médula. Demoró muy poco en agarrar un sueño profundo que le duró hasta la hora del almuerzo. El olor del estofado de conejo con arroz y frejol, que su mujer preparó tan bien, logró que interrumpa su sueño. Se levantó y luego de lavarse, se instaló en la mesa a esperar junto con sus cuatro hijos pequeños, a que su mujer les sirva la comida que devoraron, como bien lo dijera ella, en una sola sentada.

Esa noche, Ciriaco invitó a su mujer a la hamaca para que conversen sobre lo del remedio que ella conocía para ahuyentar al maldito diablillo del *Chullachaqui*. Tan pronto se acomodaron, ella le explicó de esta manera:

— Mira Ciriquito. Dicen los que saben de estas cosas que el *Chullachaqui* le tiene mucho asco a la mierda de la gente, especialmente si es de mujer. Si mañana por la noche decides ir a *chapanear*, te voy a preparar envuelto en bijao, igualito que un *juane*, mi calzón sucio con lo que me haga de caca cuando me vaya a hacer mis necesidades por la mañana. No creerás que voy a desperdiciar uno de mis calzones nuevos en esa macana. Ahora por la noche me voy a acostar con el más viejo que tenga y, tú, lo vas a esperar allí con mucha paciencia y cuando oigas que tamborilea las aletas del *ojé*, le avientas el paquete. Como es muy curioso lo abrirá y al ver el contenido no va a saber dónde meterse. Se irá a esconderse en el monte reventando como cohete y dejará el ambiente con harto humo y oliendo a azufre. Cuando eso ocurra, recoge tus cosas y

deja rapidito la *chapana*. Pasado mañana, si te vas para allá, será otra cosa. Ya lo veras Ciriaquito, yo sé lo que te digo.

— Mañana en la noche le haré esa jugada que me dices, Zulmira. Ahora vamos a dormir, siento mi cuerpo como si me hubieran dado una paliza y, descansar es todo lo que quiero.

Ciriaco durmió como un lirón esa noche. Al día siguiente, después de desayunarse con tacacho, se fue donde doña Valdramina y compró una palometa seca salada para todos y cada uno de los de su casa. Almorzó y después de darse una buena siesta en la hamaca, se fue a *chapanear*. Cuando llegó a su chapana la oración comenzó a invadir con su oscuridad el ambiente. Allí se acomodó bien, como para esperar, y eso hizo fumando de vez en cuando sus *mapachos* para espantar los zancudos. A eso de la una de la madrugada los pocos animales que llegaron a *pallaquear* los frutos del *ojé*, se espantaron y se hicieron humo en la espesura.

— Fua, fua, jayyyyyyyyy... —oyó la risita que ya conocía por detrás de las enormes aletas del *ojé*—.

Ciriaco, con mucho sigilo, extrajo de su alforja “*el juane*” preparado para esta ocasión por su mujer. Esperó a que el visitante tamborileara las aletas del *ojé* y alumbró con su linterna el lugar de donde provenía la bulla. No era un *Chullachaqui*. Eran lo menos cinco. Estaban ataviados



como para una fiesta, con muchos adornos provenientes del monte, en su cuerpo. Sus ojillos relampagueaban como los ojos de los perros, cuando se les alumbraba por las noches con una linterna y, al parecer, no les importaba la presencia humana en ese momento, lo que aprovechó Ciriaco para hacerles llegar el regalo que había traído.

— Ahí les va un regalito para su fiesta, amiguitos —les gritó con un tono de risa contenida—.

Y Ciriaco aventó el paquete con todas sus fuerzas hasta donde ellos estaban. “*El juane*” al chocar con una de las aletas del *ojé* se reventó y esparció su contenido por los dorsos desnudos de los fiesteros, los mismos que sin saber cómo reaccionar ante tal contingencia, se esfumaron del lugar reventando algo parecido a los coheteillos de año nuevo, en medio de una humareda con olor a azufre.

Desde esa noche, en esa chapana nunca faltó la buena caza, tan buena era que la gente de *La Ochora* llegó a pensar que Ciriaco tendría algún pacto con el mismísimo *shapingo*. Tanta suerte — decían— no es cosa de Dios.

Sin embargo, nosotros ya sabemos cómo fue esa vaina...



## LA FINADA NO QUERÍA MADRASTRA PA'SU HIJO.

Sin explicarse bien cómo ocurrieron las cosas, Silverio Torres se vio casado y conviviendo —como lo hace un marido con su mujer—, con María Elizabeth Cortegana que, para variar, era su cuñada, pero que estuvo libre como el viento hasta ese momento. Su anterior esposa: Gabriela, descansaba ya en la paz que da la muerte, desde hacían más de dos años, fecha en que sucumbió trágicamente al virar la canoa en la que bogaban río abajo, en un meandro del río Mayo, más o menos a la altura de Yuracyacu.

Decían que Silverio Torres, aquel día trágico en que se quedó viudo, salió del atracadero de su canoa que daba a su chacra, muy de madrugada, cargado de seis racimos grandes de plátanos “*primerales*” —o de la primera cosecha—, yucas en dos canastas de izanas de bombonaje, un costalillo de maní verde, más un racimo de plátanos de seda a medio madurar; acompañado de su mujer y de su hijito Ampelio, apenas de tres años de edad. Bajarían por el río Mayo que, en ese tramo y hasta el puerto de Tahuishco es manso y tranquilo, bogando él desde la popa solo con un remo y sin la ayuda de un “*botador*”, ya que

su mujer nunca le había ayudado a bogar con ese instrumento. El viaje sería lento, pero seguro. Ya lo había hecho muchas veces.

Como para tapia, tan pronto subieron a la canoa y comenzaron a bogar río abajo, se encontraron con una espesa neblina en el primer recodo. Sin saber cómo, resultaron subidos a un gran “*tronco de madera*” que, mucho después, se llegó a saber que “*el tronco aquel*” fue una enorme *yacu-mama*, la misma que al moverse y girar, hizo que su canoa cargada de provisiones y hundida por el peso casi hasta el borde en el agua del río, resbalase de lado, naufragando todos sus ocupantes y hundiéndose todos ellos, irremediabilmente.

Misteriosamente Gabriela Cortegana, esposa de Silverio Torres, según lo que pudo ver éste entre la neblina, se hundió en el río como una piedra y no volvió a salir del agua jamás. Sabía nadar un poco, por lo que esperaba que salga a flote. Pero eso no ocurrió. Con las justas pudo salvar de puro milagro a su hijo, que flotaba sobre dos racimos de plátanos enredados entre sí.

Con mucho esfuerzo y sin liberar a su hijito de tres años y dos meses de nacido de los dos racimos de plátano, nadó hasta una parte de la orilla del río que no estuvo cubierta de caña bravas y por allí pudo salir a tierra firme. Cargado sólo de su hijo, buscó el camino de regreso a Yuracyacu y de allí, en otra canoa que le prestaron, regresó a Moyobamba, donde vivía con la familia de su mujer. Sabía

que a su canoa alguien la recuperaría en el puerto de Tahuishco. Esa era la costumbre y tenía la seguridad de que así sería también esta vez.

Dos meses después de ocurrido este lamentable suceso, la enorme *yacu-mama* fue localizada en una gran “*cocha*”, cerca de la desembocadura del río Tónchima en el río Mayo, como dueña y señora de ella, es decir, “*como su madre*”. La “*cocha*” ésta, no era otra que, una parte del río Tónchima que se formó, cuando al ocurrir una gran torrentada, el río enderezó su cauce en alguno de sus meandros. Las *yacu-mamas* eligen justamente estas *cochas* porque en ellas encuentran mucho pescado —que no puede huir a ninguna parte—, para su alimento.

Cuando dos montaraces la cazaron a balazos y abrieron su panza y la pelaron para aprovechar su piel, encontraron adentro algunos restos de lo que fuera Gabriela Cortegana, la esposa de Silverio Torres, a la que reconocieron como tal, por el aro de oro que todavía estaba en uno de los huesos de sus dedos de la mano derecha.

Era el único esqueleto humano que encontraron a medio deshacerse por los potentes ácidos del aparato digestivo de la serpiente y, aunque no a ciencia cierta, por el aro de oro, infirieron que aquellos restos podrían ser de la infausta náufraga Gabriela Cortegana. Tal deducción la hicieron porque, al parecer, la occisa Gabriela fue la primera y única persona que, por hambre extremo, la enorme *yacu-mama* aquella, se tragó entera después de triturarla.

El pequeño Ampelio casi de modo natural, fue criado en Moyobamba por su tía María Elizabeth, la misma que, a falta de su madre biológica, tuvo que asumir el papel y los roles de la finada. El niño congenió con ella muy bien y la tía, también, en una afectuosa reciprocidad que sólo las grandes desgracias familiares hacen posible. Pasados dos años y faltando un año solamente para que el niño sea matriculado en transición, a los seis años cumplidos de edad, en la escuela elemental de Llullucucha más cercana a su hogar, Ampelio en sueños “*habló*” con su madre muerta, hacía ya más de dos años. Su madre le dijo:

— Hijito, no sabes lo feliz que soy al saber que, tu tía Ely te está criando muy bien. Lamento mucho que al casarme antes que ella, la haya salado, por lo que se ha quedado solterona, la pobrecita. Pero, así salada y todo, creo que ella lo está haciendo mejor que yo, porque ella no tiene que irse a la chacra con tu papá y está más tiempo contigo hijito, atendiéndote.

— No mami Gabriela. La verdad es que yo te extraño a ti, porque tú eres mi madre. Mi tía Ely me cuida y me atiende en todo, pero es mi tía, no mi madre, además, no es tan cariñosa conmigo como lo fuiste tú —le contestó su hijo, al parecer, sin demostrar miedo alguno—.

— Quizás te parece, hijo mío. Tu tía siempre ha sido parca de afectos. Decía la gente que se quedó así porque me casé antes que ella, con lo cual yo “*la salé*” y, según la creencia, nunca se casará y se quedará solterona a vestir santos todo el resto de su vida, como se dice por acá.

Quizás no sea tan cariñosa como yo, pero yo sé que sí te quiere y... mucho.

— Yo sé que me quiere, mamá. Pero a mí me gustaría que fuera más cariñosa conmigo y con mi papá. Ella lo atiende, pero no lo hace como tú lo hacías.

— No te preocupes hijito, como tu tía Ely no se ha casado todavía, eso es cosa que yo puedo arreglar. Ahora duérmete, porque yo te lo pido, hijito lindo.

Y tan pronto Ampelio se durmió profundamente ella desapareció de allí como por arte de magia, es decir, que simplemente desapareció sin que se sepa cómo. Pero, esa noche, Gabriela se apareció también a su hermana María Elizabeth. Contra lo que pudiera suponerse, la visitada tampoco se asustó ni tuvo miedo. Sabía que su hermana estaba muerta, que posiblemente la *yacu-mama* después de triturar todos sus huesitos se la engulló entera con ropas y todo, en fin, sabía que ella no era un ser de este mundo, pero no le tuvo miedo y después de despertar y abrir los ojos, la miró con mucha serenidad y ternura.

— ¿Se puede saber para qué has venido a este mundo hermanita?

— Quiero conversar contigo mi querida Ely. Tengo que aclararte que todavía estoy en este mundo. Hasta ahora no he podido descansar en la eternidad, por la sencilla razón de que, mis restos o lo que queda de mi cuerpo, no están en tierra sagrada. Es decir, no he recibido sepultura

en un cementerio. Entre las otras cosas que quiero hablar contigo está el pedirte perdón por haberte “*salado*”, ya que, al casarme antes que tú, hice que esa creencia o maldición recayera sobre ti. Pero no lo hice a propósito, hermanita. El otro asunto del que quiero hablarte es sobre mi hijito Ampelio. Has de saber que, antes de venir a verte, fui a conversar con él y, por eso estoy aquí. Quiero que escuches con mucha atención, lo que voy a decirte.

— Te escucho hermana.

— Mi hijito, que ahora es todo tuyo, me ha dicho que tú no eres tan cariñosa con él, como yo lo fui. Y que, con Silverio, siempre estas algo distante y, que él te necesita no para olvidarme, sino para criarlo con más amor a él.

— Oye Gaby, tú sabes que yo no soy amiga de hacer arrumacos a nadie. Más todavía en la condición de solterona en la que me encuentro. Yo quiero mucho al niño, lo quiero como si fuera mi propio hijo, aunque no sepa cómo pueda ser ese sentimiento. No he tenido nunca un hijo. Con respecto a Silverio, es mi cuñado y sigue siéndolo, aunque tú hayas muerto. Así debe ser mi relación con él y eso, creo, con sinceridad, que no debe cambiar, por respeto a tu memoria.

— Te comprendo más que nadie, hermanita. Pero, nuestro hijo quiere tener un papá y una mamá, no un papá y una tía. Él siente que tú podrías llenar el vacío que yo he dejado, al morirme de ese modo tan escalofriante, tanto en él como en su papá.



— Y de concretarse eso, qué crees que va a pensar la familia y toda la gente que nos rodea y nos conoce, ¿Ahh?

— Hablarán un tiempo hermana y... De allí en adelante, será para ellos una cosa normal. Yo creo que no debes preocuparte por el qué dirán, uno no vive de eso.

— La idea no me parece tan descabellada. El niño necesita tener a dos padres. No a una tía y a su padre que ve los fines de semana, cuando viene de la chacra. Pero, yo no podría seducir a Silverio. Eso nunca podría hacerlo. No va conmigo. Tú me conoces más que nadie.

— No te preocupes por eso hermanita. Ahorita mismo me traslado hasta Yuracyaquillo —así se llamaba el lugar donde Silverio tenía sus chacras— y, así como he conversado contigo, sin asustarte, conversaré con él. Les quiero encargar, además, que recojan mis restos que están a la intemperie y los sepulten en el cementerio.

— Te prometo que voy a cumplir lo que me pides; pero, ¡yo no lo seduciré! Que te quede eso muy claro, seas de este o del otro mundo.

Y así como desapareció de la vista de su hijo, esta vez también hizo lo mismo frente a su hermana, que se durmió profundamente tan pronto se esfumó. Era viernes, el sábado por la mañana Silverio bogaría río abajo hasta Tahuishco, con la canoa llena de las provisiones que todas las semanas acostumbraba traer de la chacra.

Por ese motivo, a las cuatro de la madrugada la difunta Gabriela se apareció ante su ex marido Silverio. Frente a lo que podría suponerse, tampoco éste no se asustó ni se inmutó lo más mínimo, al presentarse ante sus ojos su difunta Gabriela, que llegó hasta el terrado del tambo donde dormía solo y solo Dios sabe cómo. Al saberse observada por su marido comenzó a hablarle así:

— No te asustes esposo mío. Soy tu Gaby. No tienes por qué tenerme miedo. Escúchame con atención...

— Dime solamente si estoy soñando o acaso, esto que me está ocurriendo es real.

— Ni lo uno ni lo otro, Silverio. No puede ser real lo que ves; pues, como tu bien sabes, yo ya estoy muerta. Tampoco estás soñando porque yo, ahorita, estoy delante de ti debido a que mi alma no puede hallar el descanso eterno todavía, porque mis huesos se encuentran tirados junto a las de la *yacu-mama* que me tragó después de triturarme en las profundidades de esa poza.

— Y se puede saber qué quieres que yo haga para que tú puedas descansar en la paz de nuestro Señor. Te estoy viendo como si fueras una persona viva que está ante mí, diciéndome que todavía no halla la paz.

— Si pues, Silverio, he venido a entrevistarme contigo porque quiero que hagas por mí, solamente dos cosas. Yo sé que las podrás hacer si tienes la buena voluntad de hacerlo...

— Entones dime qué quieres que haga, que ya va a amanecer y tengo que cargar la canoa.

— Uno de mis pedidos es que te cases con mi hermana María Elizabeth y, tú y ella, se conviertan en padres de mi hijo Ampelio. Ya lo son en la práctica, pero quiero que sea por matrimonio. El otro pedido es que rescates mis huesos de donde los encontraron al matar a la *yacu-mama* y los entierres en el cementerio.

— Con respecto a que me case con mi cuñada Ely, no creo que sea cosa que pueda cumplir, aunque tenga la voluntad de hacerlo. Yo la respeto por ser mi cuñada, la quiero casi como a una hermana y por ayudarme a criar a nuestro hijo Ampelio le tengo mucha gratitud. Creo que no podría faltarle el respeto pidiéndole que se case conmigo. Tu segundo pedido, claro que sí podré cumplirlo y lo haré con la ayuda de mis amigos tan pronto llegue mañana a Moyobamba —le contestó Silverio, a su esposa muerta, como si lo haría con una persona viva—.

— Antes de venir a verte, mi querido Silverio, he conversado primero con nuestro hijo y, luego, con mi hermana. Fíjate que Ampelio quiere que su tía Ely se convierta en su verdadera mamá, para lo cual, piensa que tendrías que casarte con ella. Por su parte, mi hermana dice que ella no podría insinuarse a ti, porque también te respeta, pero si tú tomas la iniciativa... creo que la cosa estará solucionada. No creo que sea cuestión de que abras la boca para declararle tu amor y, ella, te acepte a buenas

y primeras. Pero, acuérdate que, la continua gota labra la piedra.

— Pero; ¿Qué va a decir la familia y la gente?

— Silverio... ¿y a ti que te importa lo que la gente diga? Nadie vive de lo que la gente dice. Más bien preocúpate en decirle que tú quieres que ella se convierta en la verdadera mamá de Ampelio. Habla con tu hijo primero y después de contarle lo que piensas hacer, pídele que te ayude a convencer a su tía María Elizabeth para que sea su mamá de verdad; pero, para lo cual, ella tiene que casarse contigo. En esos casos, la ayuda de un niño es algo que no tiene igual. ¿Quién se podría negar?

Silverio conversó “*largo y tendido*” con su hijo Ampelio sobre lo que le pidió en sueños su esposa Gabriela, precisándole que, a él, también, le parecía una buena idea. Así, su tía Ely se convertiría en su mamá, legalmente. El niño aceptó lo que le propuso su padre e hizo su parte para que su tía acepte convertirse legalmente en su mamá.

Obviamente, Silverio también le habló a su cuñada sobre lo que había conversado con su difunta esposa. Después de muchas dudas y de reflexionar a solas por varias semanas, Ely aceptó convertirse en la madre de Ampelio y en la esposa de su cuñado Silverio, aunque la gente murmure lo que le venga en gana, como ocurrió en la realidad. Pocos fueron los que, comprendiendo la situación en su real dimensión, les dieron su aprobación, pero la familia fue la que más desaprobó el hecho.

Para casarse el cura les exigió que se confiesen y comulguen. El cura después de escuchar en confesión a Silverio y María Elizabeth, les dio la absolución; pero, con unas dudas tremendas sobre la veracidad de la historia. Sus dudas desaparecieron cuando el mismo Ampelio, que también pidió confesarse y realizar su primera comunión el día del matrimonio de su nueva mamá, le contó al cura que su madre, en sueños, le pidió a él que intercediera con su tía Ely, para que acepte que su padre se case con ella.

Después del matrimonio no hubo fiesta con derroche de mistela, bizcochuelos, rosquetes, tortillas de yuca y guisos de gallina, como se acostumbraba en Moyobamba. La comitiva conformada por algunos amigos íntimos, después de que el cura bendijo con agua bendita el ataúd conteniendo los huesos semi desgastados de Gabriela, partió hasta el cementerio llevando en hombros sus restos para darles cristiana sepultura. El espectro nunca más volvió a aparecerse a ninguno de sus familiares más queridos. Ahora descansaba en la paz del Señor...



## EL AYAY MAMA

Más o menos a las dos de la tarde de ese sábado, cinco de abril de mil novecientos cincuenta y tres, lo recuerdo muy bien porque las clases en la escuela comenzaron el día martes primero de abril, Heriberto Sánchez Chumbe y Eulalia Silva Chanzapa padres de Dionisio de nueve años y de Palmira de siete, acordaron ir a *mansionar* a su chacra, que quedaba surcando el río Indoche más o menos unas tres horas y media. El río estaba bajo y manso, por lo que Heriberto decidió no cargar el remo y hacer la surcada sólo con “*botador*”.

— Lleva no más el remo Hericho —así le trataba Eulalia, a su marido— porque con el río Indoche nunca se sabe. Apenas llueve en sus cabeceras o por Pósic, y el condenado se desborda por aquí y por allá.

— No te preocupes, mujer. Ya estamos en abril y, las lluvias a partir de este mes ya comienzan a escasear. Recuerda que nosotros acá en *La Ochora* sólo tenemos dos estaciones al año, la una con lluvias mil y la otra casi sin lluvias, aunque en la selva no siempre sea así, ya que

llueve cuando le da la gana —le contestó Heriberto, al parecer, muy seguro de lo que afirmaba—.

— Acaso no te acuerdas del dicho que dice “*en abril, lluvias mil y llueve hasta llenar el barril*”. En abril acá en *La Ochora*, todavía llueve, eso lo sabe hasta tu abuelita.

— Si viviéramos de los dichos de la gente...

— Bueno pue caballero. Si usted me afirma que no lloverá, yo creo en su palabra. Y vamos ya al puerto de Morillo para empezar la surcada.

Y se fueron a Morillo donde bien asegurada con una sogá larga que se amarraba a una buena estaca, fuera del cauce del río, estaba la canoa esperándoles. Tan pronto llegaron, con su machete se consiguió de las inmediaciones, una caña brava larga y dura que usaría como “*botador*”. Todos se acomodaron en la canoa y comenzaron la surcada. El domingo por la tarde Eulalia haría la bajada con la canoa cargada con plátanos y yucas, y también con los niños, que el lunes tendrían que ir a la escuela.

La surcada, ya se sabe, era una labor trabajosa. Como el río estaba bajo, con el botador era suficiente para impulsar la canoa río arriba desde la proa de la embarcación. Pero, ocurría que, al realizar la acción de impulso, la canoa se alejaba, a veces, de la orilla y resultaba en el medio del cauce. Para que eso no ocurra, un remador en la popa tenía que evitar que la canoa se desvíe de curso. “*Que carajos,*



*por qué no le habría hecho caso a mi mujer, que me aconsejó que traiga el remo” se dijo para sí Heriberto, y sobre eso, el mismo complementó: “Pucha, y mi Eulalia es buena remadora desde la popa. Además, para la bajada es mil veces hacerlo con remo no más”.*

— Ya ves Hericho, si hubieras traído el remo la canoa no zigzaguearía como lo está haciendo. Yo la dirigiría desde la popa muy bien, como te consta —le dijo Eulalia a su marido como si hubiera adivinado lo que él estaba pensando—.

— ¿Qué comes para adivinar lo que pienso, mujer? —le contestó Heriberto para luego agregar—: Ya no se llora sobre la leche derramada. A lo hecho, pecho.

— Por supuesto, pero como yo voy a bajar mañana con la carga de plátano y yuca, más nuestros dos hijos, me vendrá bien hacerlo con el remo desde la popa. Así que, de un árbol de topa harás mi remo para que yo pueda bajar más rápido y más segura.

Heriberto se levantó de hombros para reiterarle que ya no había remedio. Y siguió surcando el río hasta que llegó a la entrada de su chacra, que estaba equipada de una especie de gradas en el suelo arcilloso de la orilla, hecho para subir con facilidad desde el cauce del río hasta la chacra. Allí se bajaron todos junto con los bártulos que cada uno trajo desde el pueblo. Llegaron a su tambo y sólo prepararon “*pururuca*” para comer, aprovechando que, en

la parte de la chacra sembrada de plátanos, uno se había volteado y los frutos se habían madurado a su gusto, cubiertos con las hojas del plátano caído, hasta hacerse negritos o “*muro muros*”.

— Oye Hericho, te habrás dado cuenta que no hemos traído nada para comer. En el tambo hay sal, no más. Y... yuca y plátanos no vamos a comer mañana todo el día. Además, tú te vas a quedar acá a *mansionar*...

— Tienes razón Eulalia. Pero hoy en la noche me voy a *tarrafear* en la corriente de más arribita. Allí seguro que voy a sacar *carachamas* para nuestro sudado y nuestro *timbuche*. Me iré en la canoa de surcada hasta el cascajal. Ustedes espérenme acá en el tambo y, sanseacabó.

— Eso si que no —le contestó de inmediato Eulalia, para luego agregar—: Yo soy miedosa. Y segurito que lo voy a oír al *tunchi* o, el *chullachaqui* va a venir a estar fregándonos en tu ausencia.

— Pero en el río va a haber harto zancudo, mujer. Se tendrían que quedar en la canoa y allí los zancudos van a hacer fiesta con ustedes.

— Prefiero a los zancudos antes que, a esos malos, bromistas y perversos espíritus.

Como Heriberto sabía que su mujer era de ideas fijas y no le aceptaría ninguna otra alternativa, decidió irse en la

canoa de surcada hasta el cascajal. Allí se quedarían ella y los dos muchachos. En eso no transaría, se dijo para sí. Pero, después de la surcada, cuando él se dispuso a ir rumbo al cascajal con su *tarrafa* al hombro, ella les convenció a sus hijos para que se queden en la canoa, y armada de una linterna de mano y de un *mapacho* se fue detrás de su marido para, alumbrarlo con la linterna de mano y con el humo del tabaco, espantar a los zancudos.

Sólo fue cuestión de unos minutos. La noche se puso muy oscura y cuando estaba, según ella, ayudando a *tarrafear* a su marido, se dio cuenta que dejó a sus hijos en la canoa sin asegurarla a nada. Como loca le avisó a su marido lo que había olvidado y ambos, como sabían nadar, trataron de alcanzar a la canoa que, lentamente, comenzó a bajar por el río que, —en esa parte, justamente, por estar después del cascajal—, agarraba una corriente inusitada. Esa situación, más la oscuridad de la noche, hizo que los dos padres desesperados y a punto de enloquecer, no pudieran alcanzar a nado a la canoa, la misma que bajó y bajó toda la noche. Cuando amaneció, los dos niños se dieron cuenta que ya no estaban en el río Indoche, que es de cauce pequeño, sino sobre el enorme río Mayo.

Con la llegada de la luz del día, a Dionisio, que tenía nueve años, se le hizo una pequeña luz en la cabeza. Podrían conseguir llegar a alguna de las orillas de este gran río, si remaban con las manos para llevar a la canoa hasta donde ellos pudieran bajar. Eso hicieron y, una vez que se acercaron a la orilla derecha, comenzaron a buscar donde

la orilla no estuviera repleta de caña bravas. Por fin llegaron a una especie de claro en el monte y allí, sin pensarlo dos veces, se bajaron de la canoa, la que siguió bajando a su paso hasta el puerto de *Tahuishco*, donde fue asegurada hasta que su dueño apareciera, gracias a un diligente chacarero que, también, tenía sus terrenos surcando el río Mayo.

— Y ahora qué hacemos Dionisio...

— Tenemos que buscar por estos rumbos una chacra. Toda chacra tiene dueño. Tan pronto la hallemos, estaremos salvados. A su chacra tiene que venir el dueño.

— Entonces hagamos lo que tú dices.

Pero no encontraron la dichosa chacra. Encontraron *purmales*, lo que indicaba que allí, alguna vez hubo una chacra. El hambre ya comenzaba a hacer estragos en la más pequeña, sobre todo, ante lo cual, Dionisio le sugirió a su hermana que se acercaran al monte alto y que allí buscaran una planta de ojé.

Si esta planta con sus frutos da de comer a tanto animal silvestre, a ellos también les calmaría el hambre. Después de mucho andar, dieron con un gigantesco árbol de ojé y, tal como lo anunciara Dionisio, allí comieron de sus frutos hasta saciarse. Luego, como ya era tarde y pronto anochecería, pensaron que las aletas del ojé les permitirían guarecerse allí por esa noche.

Cuando estuvieron profundamente dormidos los dos hermanitos, se apareció por allí el *chullachaqui*. Al verlos tan inocentes y tan desprotegidos, quiso llorar, pero no le salió ninguna lágrima. En eso, llegó hasta allí otro *chullachaqui* y al ver tan triste a su compañero le dijo:

— Oye amigo, nunca he comido gente; pero, con esta hambre tan terrible que tengo, a estos dos *huambrillos* los veo muy sabrosos. Podría hacer un buen guiso con ellos y lo que queda, lo podría convertir en cecinas.

— Tú, para hablar simplonadas no más sirves.

— Pero si los dejamos vivos aquí debajo del oje, el otorongo los comerá y si no es él, lo hará una mantona.

— Hay que salvarlos de esas amenazas entonces.

— Pero, yo no pienso convertirme en la mamá de estos dos *huambras*. Eso sí te lo digo ahorita no más.

— Podríamos convertirlos en orquídeas, ¿no crees?

— Pero tarde o temprano algunos de nosotros, ya sabes que de toda laya hay en nuestra especie, los recogerán para llevarlos de adorno a su casa debajo de algún árbol de oje y ahí estarán presos para siempre. Para eso, mejor los comemos y sus problemas se acaban.

— Ya se lo que hay que hacer. Los convertiremos en pajaritos, para que vuelen libremente por este monte.

— Pero el *urcututu* y el gavilán los comerán. Mejor los comemos nosotros.

— Calla tonto, simplón. Serán pajaritos. No queda otra. Los pajaritos son libres y cuando están en peligro vuelan.

— Esta bien Ushico. Serán pajaritos.

Y los dos *chullachaquis* se concentraron mentalmente y, en menos que canta un gallo, los dos niños se quedaron convertidos en pajaritos. Esa noche los cuidaron para que ningún depredador los comiera; pero, tan pronto amaneció ellos mismo los despertaron y les instaron a que vuelen y sean libres como el viento.

Eso hicieron los dos niños. Pero, por las noches, les viene una pena infinita por sus padres y cantan lastimeramente:

— Ayayay mama, ayayay mama...

## EL FISGÓN

— Fisgonear para después desparramar lo que se ha visto o se ha oído a escondidas, especialmente en pueblo chico que no tiene luz eléctrica, no es nada bueno, porque tarde o temprano el *shapingo* le va a hacer pagar todas esas mañoserías —dijo doña Mañunga Portocarrero, el domingo siete de mayo de mil novecientos cincuenta y dos, a las seis de la mañana, a la hora de comprar su kilo de carne de chanco en el mercado de *La Ochora*, cansada ya de los chismes con los que don Inocente Chunga la estaba embarrando—.

— Tiene usted toda la razón del mundo doña Mañunga para hacer esta aclaración, cuando gran parte de los *ochorinos* están aquí en el mercado para comprar su carnegita.

— Para su suerte, ese maldito hombre no ha venido ahora al mercado, porque si lo hubiera hecho, aquí mismo le rebano el *tongoro* con este chuchillo bien *filulla* que he traído en mi canasta, porsiacá, uno nunca sabe lo que nos puede deparar el destino y un buen cuchillo siempre me ha hecho sentir segura, incluso cuando voy al monte —aclaró

doña Mañunga al tiempo de irse a su casa a preparar su fricasé aderezado con jugo de “*puchco*” naranja o naranja ágría—.

Don Inocente Chunga, que de “inocente” no tenía ni los pelos de la nariz, era dueño de una casa de techo de crisnejas de palma en una de las esquinas de la plaza de armas de *La Ochora*, justo al lado de la Iglesia del pueblo, que se había quedado a medio hacer y no había cuando se termine. Como hijos no tuvo, acostumbraba dormir solo en el terrado de su casa. Además, como era viudo desde hacían diez años, a consecuencia de lo cual perdió su capacidad para dormir plácidamente, durante una de sus noches de insomnio hizo una especie de visor en el lado del techo que daba a la plaza de armas, para desde allí, levantando casi media crisneja con la ayuda de un pequeño listón de madera, mirar lo que pasaba en la calle y en la plaza, casi desde que oscurecía hasta la madrugada, hora en que recién agarraba el sueño.

Así era cómo se enteraba de la vida de toda la gente, ya que, sin mayores excepciones, para sus andanzas amorosas la mayoría escogía las partes con pasto de la plaza de armas del pueblo, las mismas que, por carecer de luz, invitaban a la intimidad requerida. Sabía, con pelos y señales, por ejemplo, qué mujeres atrasaban a sus maridos y con quiénes lo hacían. Sabía, además, de las andanzas nocturnas de algunas jovencitas que recién despertaban al amor, con sus muchachones enamorados; así como, de los escarceos amorosos de los varones solteros y de los



mañosos que ya eran casados y con hijos, especialmente, en las noches de luna llena en que el pueblo se iluminaba casi como de día y los jóvenes, varones y mujeres, sentían en sus cuerpos el llamado al amor y el sexo. Era un figgón empedernido y sin intención de enmienda.

Como faltaba poco para que llegue el primero de noviembre, de celebración de la fiesta dedicada a “*Todos los Santos*” y el dos del mismo mes, dedicado a los “*difuntos*”; pero, sobre todo, como ya muy poca gente en el pueblo dejaba de saber de esta manía de figgón del viejo Inocente, Rigoberto Moncada, también viudo como él, le dijo en tono de advertencia, como amigo y pensando en corregirle este defecto:

— Oye Inocente, sólo porque soy tu amigo te digo esto. No andes figgoneando desde tu techo lo que pasa en la calle frente a tu casa y en la plaza, especialmente, en el día de “*Todos los Santos*” y, peor todavía, en el día de “*los difuntos*”. No sea que el *shapingo* te dé una lección que no olvidarás nunca.

— ¡Bahh! No me pasará nada, Rigo. Te aseguro que no me pasará nada —volvió a repetirle, para luego agregar—: Te lo digo yo que ya paro en estas andanzas desde hace diez años más o menos y, hasta la fecha no me ha pasado nada de nada.

Estaba claro que, ese, era el desparpajo propio de los figgones empedernidos que, de tanto cometer la falta creen

que lo que hacen ya es correcto y, sobre todo, lo dicen con la seguridad de quien, sabe que quedarán eternamente en la impunidad. Según sus propias conclusiones, Rigoberto, además de ser una buena persona, era uno de sus pocos amigos de confianza y nunca lo delataría.

— Déjate ya de cojudeces hermanón. No es bueno lo que haces. Dios te va a castigar. Ya lo verás...

— Ya te he dicho que no pasa nada sobrenatural. Las andanzas de los mozanteros y otros mañosos, eso creo que es natural. Aparte de eso, no pasa nada.

— Yo no más te digo... Pero, tú sabrás lo que haces.

Y Rigoberto Moncada se fue a su casa, a hacer tiempo para que se haga más de noche y, poder ir en la oscurana a ver a su nueva mujercita. Dicen que para un roto siempre hay un descocado. Eso es lo de lo que se aprovechó Rigoberto para conseguir los favores amorosos de Brígida, la primera de cuatro hijas mujeres de don Britaldo Shupingahua, montaráz de mucho prestigio en *La Ochora*, curandero con ayahuasca y natural de Lamas.

El viejo *lamisto* hacía muchas cosas para que le salga la *mercadería*; pero, nada. Su hija Brígida, algo grande de tamaño no podía salvar un compromiso. Los enamorados se le iban y se le iban, ella sin saber por qué. Hasta que apareció en su vida el Rigoberto. Este cholo viudo, pasados dos años de la muerte de su mujer, resultó tocando

la puerta del cuarto, con puerta a la huerta de su casa, donde ella dormía. Desde allí, puntualito, Rigoberto toca la puerta de Brígida, pasada ya las once de la noche. Subir la cerca de cañabrava y caminar por entre los árboles de taperibá y mangos hasta la puerta del cuarto de Brígida, para él era cosa de rutina.

— Te digo que está silbando el tunchi al otro lado de la huerta, allá por el árbol de tutumos —le dijo una noche Rigoberto a su Brígida, bastante impresionado por esta rara experiencia, tan pronto se acurrucó literalmente entre los brazos y las tremendas piernazas de ella—.

— No pasa nada si le oyes silbar y nada más. Si cometes la cojudeza de imitar su silbido, allí sí que te jodiste Riguito. Te sigue y, si puede, te hace soñar cosas feas. Pero, eso pasa cuando tu carácter es fuerte y, si es que llegas a tu casa sin antes desmayarte y botar espuma por la boca.

— Yo creo que tengo carácter fuerte; pero... mis respetos para el *Tunchi* y otros espíritus y almitas.

Rigoberto después de pasar la noche con su Brígida, a las cuatro de la mañana hacía el mismo recorrido que para venir y se ponía, desde esa hora, una vez en su casa, a preparar el desayuno para él y para sus dos hijos, mujer y varón, con los que se había quedado viudo. Luego de desayunar, les dejaba a ellos todo listo al borde del fogón, incluido los *inguiris* y la olla de poroto *shirumbe* para que

almuercen, luego de lo cual, se iba a su chacra a trabajar hasta la oración, hora en que volvía al pueblo a merendar alumbrado ya por los *ninacuros* y una linterna de pilas marca “*Ray-O-Vac*” que tenía para estas ocasiones. Luego, se metía a dormir en su cama, lo cual hacía hasta las once de la noche, hora en que, mientras sus hijos dormían plácidamente, él se mandaba cambiar hasta la casa de su Brígida.

En cambio, Inocente Chunga vivía sólo. Nunca tuvo hijos en su mujer. Todos los días, ya de madrugada, se iba a su chacra a trabajar en ella. Después de almorzar, generalmente plátano asado con pescado también asado, que atrapaba en el interior de las cañabravas que se volteaban y caían hasta sumergirse en el río Inchoche, dormía casi toda la tarde en su tambo y al borde del fogón. Una vez que se despertaba, trabajaba un poco más en su chacra y se volvía al pueblo.

No sabía desde cuándo, había agarrado la costumbre de espiar levantando un pedazo de crisneja de su techo. Como se hubo vuelto insomne, esta distracción le permitía pasar la noche sin desesperación, al no poder conciliar el sueño. Cuando el médico evangelista de Moyobamba le vio, le dijo muy sorprendido:

— Su caso es poco frecuente, don Inocente. Pero, parece que su reloj biológico, el que controla sus horas de sueño y vigilia, se ha trastocado por completo. Su cerebro cree que está viviendo al otro lado del mundo donde, cuando acá es de día, allá es de noche. Tome en infusión,

una tasa de manzanilla antes de dormir junto con una ración de plátano maduro sancochado —eso fue lo que le recetó el doctor Arthur Lindsay; pero, al parecer, jamás surtió efecto—.

El único momento del día en que podía dormir era después de almorzar y, en la fresca de su chacra. Nada más. Dormía, quizás unas tres horas a lo mucho y, según como él se sentía, le parecía ser suficiente para vivir bien. Por ese detalle, las noches de insomnio él fisgoneaba desde el agujero que hizo en su techo de crisnejas.

La vez que su amigo Rigoberto Moncada le aconsejó, amigablemente, que dejara de fisgonear, decidió no hacerle caso para nada. ¿Cómo iba él a pasarse las noches sin entretenerse en algo? Era imposible. Se volvería loco o algo peor. Mirar por la rendija le parecía divertido y sorprender a alguien haciendo cosas que nadie debía enterarse, le proporcionaba a él una satisfacción indescriptible. Cuando ocurría este tipo de cosas, Inocente sudaba desde los pies hasta la cabeza en una especie de estertor sexual. Nada más reconfortante para él, que estos hallazgos especiales.

La noche de *“Todos los Santos”* no ocurrió nada. Lo que se llama nada de nada. Sólo un par de perros que resultaron *alforjados* en medio de muchos congéneres que les olían para luego mearles y retirarse a otro lugar, supuestamente, a digerir su decepción. Igual, la noche de los *“difuntos”*, al parecer hasta eso de las doce de la noche, pasó sin

ningún incidente. Pero, de repente, sin mediar ningún preámbulo o transición, aparecieron ante sus ojos una banda de músicos, un cura vestido de negro con algunos avatares blancos bordados con hilo dorado encima y, muchos fieles que, le seguían rezando no sabía qué.

Allí entre los fieles que rezaban, le pareció ver a su difunta mujer vestida con el hábito de la Virgen del Carmen con el que lo hubieron enterrado. Vio, igualmente, a la difunta esposa de su amigo Rigoberto, con similar vestimenta y, no más de tres difuntos conocidos más. El resto, no supo jamás quienes serían...

Después de pasados dos días, su amigo Rigoberto Moncada acompañado del gobernador del distrito y otros amigos, entraron a la casa de Inocente por la huerta de la casa. Después de buscar en todos los ambientes del primer piso, se subieron al terrado y allí lo encontraron, completamente frío y con el cuerpo rígido tirado en el suelo. Alrededor de su boca, la espuma blanca que arrojaría antes de morir, ya estaba completamente seca...

## RUNAMULA

La Ochora, ese pueblito de la selva alta que yace a las faldas de un morro, único en su género en toda la planicie verde esmeralda del valle del Alto Mayo, hasta finales del siglo XVII, era un pueblo de similares características a los otros que existían en aquellos tiempos por esos lugares, por la composición de su población, casi en su totalidad conformada por nativos u oriundos que vivían de la pesca, la caza, la recolección y una agricultura incipiente traducida en el cultivo de plátano, yuca, maíz y frijoles.

Por lo general, todos estos pueblos estaban ubicados a orillas del río Mayo o cualquiera de las márgenes de los subsidiarios de este gran río. Por esta razón y no por otra, a estos pobladores se les dio la común denominación de “*mayorunas*” o gentes que vivían a orillas del río Mayo.

Antes de la llegada de los españoles al Perú y de la captura del inca Atahualpa en Cajamarca el 16 de noviembre de 1532, los “*mayorunas*” después de tenaz resistencia,

fueron doblegados por las huestes de Tupac Yupanqui, siendo su hijo Huayna Cápac el que llegó a lograr una sumisión total de estos aguerridos habitantes al establecer en lo que hoy es Lamas, un yanaconaje quechua con gente traída del Cusco, —se ha llegado a saber que los naturales de Lamas, antes de ser sometidos y desarraigados de su tierra, prefirieron huir hasta las márgenes del río Yavarí donde hasta ahora viven— como era costumbre incaica cuando hacían una conquista y se encontraban con pueblos rebeldes e indomables, a fin de imponerles su idioma, su religión y costumbres, garantizando de este modo su completa sumisión y vasallaje.

Una vez ocupado el Cusco, capital del Tahuantinsuyo por los conquistadores españoles, Diego de Almagro después de fundar la ciudad de Trujillo a la usanza española, le dio la siguiente orden a uno de sus capitanes:

— Sepa usted capitán don Alonso de Alvarado que he sido bien informado que, al Este de este territorio, dejando atrás la serranía, existe una región inmensa y fabulosa a la que llaman Antisuyo y que, en realidad, es un amplio territorio con diferentes tipos de selva que fue conquistada y sometida, sólo en una minúscula extensión, por el inca Tupac Yupanqui y su hijo Huayna Cápac. Me han asegurado que, además, en algún lugar de ese enorme territorio salvaje e indomable, existe una ciudad maravillosa totalmente de oro macizo a la que llaman *El Dorado*. Elija los soldados españoles que juzgue



conveniente y reclute los nativos necesarios y, vaya allí a anexar esas tierras a la Corona Española, puesto que, de no hacerlo, los inmigrantes portugueses —a los que el rey de Portugal apoya con dinero en efectivo para realizar esta misión—, las tomarán para sí y, ocurrido esto, jamás las podremos recuperar.

— Pero; mi señor, ha de saber que los soldados españoles serán muy pocos, porque ahora no los hay disponibles en calidad de solteros para esta clase de empresas tan riesgosas, puesto que muchos de ellos, a estas alturas, son dueños de haciendas y se han hecho de familia y, sobre los nativos, se tendrán que reclutar por la fuerza. Además, no hay dinero para financiar esta nueva y colosal aventura, ya que, según el resultado de otras expediciones, El Dorado es sólo un mito —le replicó con cierto fundamento el capitán Alvarado a su jefe, el adelantado don Diego de Almagro—.

— Mito o verdad, si no existe *El Dorado*, ¡pues hombre! habrá miles de acres de terreno con ríos y valles fertilísimos, que se tienen que incorporar a la gobernación del marqués don Francisco Pizarro González antes que los inmigrantes portugueses nos adelanten en esta iniciativa y, en lugar de ganarlas para la Corona Española todo este mágico territorio pase a formar parte de Portugal. Ahh... y sobre el dinero, no os preocupéis demasiado por eso, que Dios es español y proveerá. Si no fuera así, ¡caramba! ¿cómo es que conquistamos el Perú?

— Se hará, entonces, señor Adelantado, como vos mandéis... —aceptó la orden, no de muy buen agrado, el capital don Alonso de Alvarado—.

Así fue como Alonso de Alvarado resultó fundando a la usanza española, como era costumbre en ellos, la ciudad de Chachapoyas que algunos días antes tomó con no más de una refriega menor y, posteriormente, casi de idéntico modo, la ciudad de Moyobamba a la que erigió como la capital de los nuevos territorios a conquistar, puesto que Chachapoyas, a la que eligió primero para esta misma función, se encontraba ubicada todavía en la Sierra y estaba muy distante de estas selvas esmeraldas, inmensas e inexploradas.

En esos avatares andaba ocupado cuando, a resultas de la guerra civil fratricida que devino luego del ajusticiamiento de Diego de Almagro en el mismo campo de batalla de Las Salinas, la guerra entre pizarristas y almagristas fue total y, ¡a muerte! Ante tales acontecimientos nefastos, Alonso de Alvarado tuvo que abandonar las nuevas tierras conquistadas en la selva y regresar a toda prisa, a incorporarse al ejército del marqués don Francisco Pizarro González. Pero, la mayoría de los que lo acompañaron en el viaje de ida, tanto españoles como nativos de Moche y Huamán, desistieron de acompañarlo en su viaje de regreso a Lima, capital de la gobernación entregada por la Corona Española a Francisco Pizarro, y se quedaron en las

nuevas tierras para siempre, al haberse hecho allí de familia y fértiles terrenos.

Muchos años después de estos acontecimientos y ya durante el coloniaje, llegó a la sierra de Cajamarca un colosal enjambre de judíos sefardíes españoles, al ser expulsados de la península —que consideraron suya desde hacía siglos—, por el rey Felipe “*El Hermoso*” que, mediante Cédula Real firmada de su puño y letra, —un modo muy simple pero por demás autoritario— dio por cancelada totalmente una deuda impagable por los intereses y moras, contraída con ellos por sus suegros la reina Isabel y su esposo Fernando “*Los reyes Católicos*”, por haberse casado él con su hija Juana a la que llamaban “*Juana La Loca*”.

Muchos de estos inmigrantes sefardíes, llamados despectivamente judíos “*marranos*” por los españoles peninsulares, al no encontrar en Cajamarca tierras con las que, en calidad de acreedores de la deuda contraída con ellos por los *Reyes Católicos*, se pudieran hacer pago de lo que a ellos les debían, tuvieron que buscarlas en sus provincias. De ese modo, amparados en la Cédula Real que les facultaba usurpar sus tierras a los nativos de América, ocuparon todas las que encontraron en calidad de baldías o sin cultivar, tengan o no tengan dueño, especialmente en las antiguas provincias de Celendín, Chota y Cutervo.

Pasados los años y al aumentar la familia de estos judíos marranos llegados de España durante la colonia todavía, las tierras de sus fundos, al ser repartidas sucesivamente entre sus descendientes, se convirtieron en minifundios o simples parcelas que, en muchos de los casos, no cubrían las necesidades de sobrevivencia y desarrollo natural humano de los que la habitaban. En esta situación, la misma madre tierra expulsa a los hijos que ya no puede sostener. A consecuencia de este estado de cosas, muchos de estos pobladores de la sierra de Cajamarca ya mencionados, tuvieron que aventurarse a buscar nuevas tierras y lugares para vivir en la selva, esa tierra umbría y misteriosa.

Concluida la guerra de la independencia del Perú, la migración de la sierra hacia la selva, incluso, fue promocionada por el mismo Estado que, como parte de su política de incentivos para la ocupación de los territorios de la enorme región amazónica, daba facilidades para convertirse en propietarios de grandes lotes de terreno, sin pagar nada o cancelando sumas irrisorias comparadas con los precios de la tierra en la sierra y la costa.

A consecuencia de ello, casi de la noche a la mañana, el pueblito de *La Ochora* al igual que muchos de los pueblos y ciudades del departamento de San Martín, se vieron copados casi en su totalidad por migrantes *shishacos*, creando una nueva composición de su estructura social.

Así de este modo, *La Ochora*, de ser un pueblo ocupado en su mayoría por descendientes de los primitivos *mayorunas*, de pronto se dio cuenta que sus habitantes eran de todas las layas, con cierto predominio de los descendientes de esa gran mancha de judíos sefardíes españoles que, una vez asentados en la sierra de Cajamarca y sus provincias, llegaron hasta allí para quedarse para siempre.

Muchos de los *shishacos* “*sin tierra y sin casa*” del departamento de Cajamarca que llegaron a la ceja de selva del valle del Alto Mayo, primero ocuparon los terrenos y playas de la margen izquierda del río Marañón, todavía pertenecientes al departamento de Cajamarca; pero, luego, cuando éstas resultaron insuficientes, coparon también las tierras baldías del margen derecho, que pertenecían al departamento de Amazonas, que resultó literalmente invadido y tomado en posesión por estos migrantes.

Después de eso, vino la migración casi en masa a las tierras de las zonas selváticas del departamento de San Martín. Junto con ellos, también llegaron a estos lugares, surcando primero el Amazonas y luego el río Huallaga, muchos inmigrantes portugueses con más influencia étnica árabe que los *shishacos* descendientes de los judíos sefardíes, que era visible por su piel trigueña y hasta morena a diferencia de los *shishacos* de Cajamarca que eran blancos. Indistintamente, con cualquiera de estos grupos de forasteros, llegaron los infaltables curas y

monjas célibes católicos, de diferentes congregaciones religiosas y los pastores protestantes ingleses y escoceses, con sus respectivas mujeres y familia.

Ya sea desde Huamachuco y Parcoy en La Libertad o desde Leymebamba y Bagua Grande en Amazonas, llegaron hasta Rioja, Moyobamba, Bellavista, Saposoa y Juanjui estos nuevos colonos para ocupar grandes lotes de terreno en ese nuevo mundo, a veces, al costo mínimo de unos pocos soles de plata de cinco y nueve décimos pagados a la Oficina de Tierras del Estado, más otros tantos pagados al agrimensor; y, otras veces, al canje por un par de buenos perros traídos desde la sierra, los mismos que, después de una buena curación con ayahuasca y “*pucunuchu*” por parte del curandero local, se convertían en excelentes perros montaraces.

Resultaba que, en estos nuevos territorios cubiertos en su totalidad por selvas inexploradas, tener buenos perros de caza y una buena escopeta *abancarga*, era suficiente garantía para el aprovisionamiento sostenido de la familia con la nutritiva y exquisita carne de monte, alimento alternativo y complementario al pescado, que abundaba en cualquiera de los ríos o quebradas allí existentes.

A estas alturas del desarrollo demográfico de *La Ochora* la población nativa que, también existía en el pueblo, era minoritaria. Sin embargo, su influencia fue determinante

para la consolidación de la integración de los inmigrantes en esta nueva realidad. En la sierra existe la costumbre de arar la tierra, preparar surcos, abonar, sembrar, regar, deshierbar, aporcar y cosechar. Estas labores culturales resultaban complejas y hasta inútiles de llevar a cabo en su totalidad en la selva, por lo que allí se reducían a dos o tres que son esenciales.

Luego; como la tierra en la selva sobraba y la fertilidad estaba garantizada para una sola y única cosecha, lo que se solía hacer era buscar un nuevo lote e iniciar allí un nuevo proceso productivo, dejando la chacra antigua para que se convierta en *purma* mientras descansa y se revitaliza de modo natural. Los nativos del lugar enseñaron a los inmigrantes esta nueva forma simplificada de cultivar la tierra y, especialmente, los *shishacos* la asimilaron y asumieron muy bien en sus prácticas agrícolas.

Por las circunstancias ya descritas en detalle en párrafos anteriores, procedentes de Celendín, allá por el año de 1910, llegó a *La Ochora* una familia enterita montada en sus propios caballos y trayendo muchos perros para cambiarlos por terrenos y casas —negocio algo raro e impensable; pero, común en esos tiempos y por esas tierras—, que lograron realizar satisfactoriamente para ellos y los nuevos dueños de los perros. Los recién llegados se hicieron de terrenos y los de casa, de perros.

Una vez instalados allí, como todo el mundo lo hace, se dedicaron a cultivar plátanos, yucas, maní y, maíz junto con frijoles. Además, en parte de sus chacras como buenos serranos que eran, sembraron también hortalizas para su propia supervivencia, idea que resultó insólita para los del pueblo pero que fue bien acogida. Podía decirse que, en términos generales les iba muy bien, porque en sus huertas del pueblo cultivaban árboles frutales y criaban sus propias aves de corral para autoconsumo, así como, cerdos para obtener carne y especialmente manteca —puesto que el aceite no se conocía—, actividad que les permitía ganar algún dinero por la venta de todo eso, además de los ingresos por la venta de los excedentes de lo que producían en la chacra.

El jefe de esta nueva familia llegada a *La Ochora* desde Celendín era un fornido “*shilico*”, algo pasado de los cuarenta años, de ojos celestes, tez blanca y cabellos claros ligeramente ondulados sin llegar a rubios. Los rasgos de su cara eran suaves pero varoniles, su estatura era ligeramente más alta que los del pueblo y su modo de hablar era característico, es decir, con el dejo y tonada al hablar de los “*shilicos*”, diferente a los de los pobladores del lugar, que tenían el modo de hablar típico de los de la selva.

Él hombre aquel se llamaba Melquiades Díaz Rojas, pero le gustaba que le dijeran simplemente don Melqui. Su



esposa, por sus características físicas muy similares a las de él, a simple vista daba la impresión de ser su familia, lo cual se llegó a verificar más tarde al saberse que era su prima hermana, pues se llamaba Herminia Zamora Díaz. Por ese detalle, alguien con la lengua ponzoñosa, larga y metiche donde nadie les llama, que nunca faltan en los pueblos, les dijo como quien desea asustar y meterles miedo:

— Eso es muy malo amiguitos *shishacos*, porque se degenera la raza y, además, por ese pecado Dios los castigará tarde o temprano. Que Dios no quiera, pero como sus hijos no les han salido malograditos ni con rabo, algo va a tener que pasarles. Eso no falla. Por Diosito que no falla...

— Tonterías —le contestó Melquiades— mis hijos han salido lindos y buenos mozos y, yo y mi esposa, somos buenos padres. ¿Por qué ya, pues, me ha de castigar Dios? De dónde vengo, nadie se anda con esas vainas.

— Yo no más le digo, si cree que son vainas, allá usted —y la mujer se fue por donde vino sin decir nada más—.

En *La Ochora* desde el momento mismo que llegaron del largo viaje les llamaron solamente “*shilicos*”, él era “*el shilico*”, ella “*la shilica*” y los hijos que eran cuatro, “*los shiliquillos*”. Los tres primeros hijos fueron mujeres y,

cuando ya casi era un chancletero consumado le vino el cuarto que, con suerte, fue varón. En *La Ochora* que cuenta con un clima saludable y fresco, las hijas desarrollaron más rápido que el varoncito que se quedó algo rezagado en su crecimiento porque, como resultó imposible darle de tomar el antiparasitario llamado vermífugo que vendían en la posta sanitaria, el pequeño *shishaquillo* siempre paraba con la barriga llena de lombrices.

El bendito vermífugo por tener un olor y sabor repugnante y odioso hasta la médula, el niño no lo podía tomar, ni a las buenas ni a las malas. Después que lo hacían beber a las malas, es decir, aprisionándolo entre toda la familia y tapándole la nariz para que abra la boca para respirar, lo cual aprovechaban para lograr que ingiera la medicina, éste lo vomitaba tan pronto lo dejaban libre. A consecuencia de no poder curarse para los parásitos, especialmente lombrices intestinales, su nutrición era pésima lo que se tradujo en retardo del crecimiento. Sus padres al ver que no crecía como debía, le pusieron de sobrenombre “*ranchao*”, en franca alusión a la papa de la sierra que al ser atacada por la ranchara, no crece ni fructifica bien.

Las tres hijas de don Melquiades y doña Herminia se convirtieron muy pronto, en unas señoritas muy bellas y esbeltas, tan lozanas y hermosas como las orquídeas que

por los montes del Morro de *La Ochora* abundan. Al igual que sus padres tenían los ojos celestes como el cielo de estío de la sierra y el pelo claro, haciendo juego con su piel blanca y tersa, como la piel de los melocotones o blanquillos, que tan bien fructificaban allá en su pueblo de origen.

Pero, de las tres hermanas, la más llamativa a los ojos y la que hacía amigos con más facilidad, era la menor que tenía por nombre Sara. La segunda de las hijas de don Melqui podía decirse que no era ni chicha ni limonada. Bailaba al son que le tocaban y se esforzaba en ser amistosa. Su nombre: Petronila, no le gustó desde el instante mismo en que tuvo conciencia de que llamándose Petronila le iban a decir solamente Peta.

Pero, la mayor de las hijas, siendo igual de hermosa como sus hermanas menores, a pesar de llamarse María Magdalena, como el de la mujer que acompañó a Jesús en las buenas y las malas, era de genio recatado, un poco hosco y hasta introvertida. Le gustaba encerrarse en su habitación para pasar horas de horas leyendo La Biblia y otras lecturas religiosas. Cuando se casó su hermana menor, una vecina con malicia y mala intención le dijo:

— Oye Magdalenita, ahora sí que te fregaste, sin querer, ya te saló para siempre tu hermana Sarita. Todo el mundo sabe por estas tierras que, cuando la hermana

menor se casa primero, difícil que las hermanas mayores consigan marido. Parece que tendrás que quedarte sola y encima solterona. Con eso, quedarás lista para vestir santos y servir al cura.

— Ni iglesia ni cura hay acá... Entonces, ¿qué santos ya pue he de vestir y a qué cura he de servir? —le contestó Magdalena, todavía de buen humor—.

— Ni creas que vas a salir ilesa de esta maldición, ya verás, ya verás, yo sé muy bien lo que te digo —le replicó amenazante aquella mujer que se las daba de agorera, luego de lo cual se fue por donde vino sin saberse cómo, es decir, igual que si se hubiera esfumado en el aire—.

En ese tiempo, en *La Ochora* sólo se habían puesto los cimientos de lo que sería su iglesia católica. Igualmente, los evangélicos que en el pueblo ya había en regular cantidad, debido a que en Moyobamba tenían a disposición de los fieles un hospital que contaba con médicos muy buenos venidos de Escocia, contaban tan sólo con un terreno en donde algún día construirían su templo. Y, en tanto los evangélicos llegaban al pueblo los sábados para el culto en la noche y la escuela dominical de los domingos, los católicos sólo podían contar con un sacerdote, obligatoriamente español, que venía de Moyobamba a celebrar las misas, realizar matrimonios, bautizos y los demás sacramentos en la semana dedicada

a la Virgen María, patrona del pueblo que, al carecer de iglesia, se llevaban a cabo en el auditorio de la escuela primaria de varones.

Sin que la misma María Magdalena supiera cómo, para la celebración de la fiesta patronal del pueblo cuando tuvo veintiocho años, ella resultó de acompañante obligada de las beatas que en todo pueblo existen, realizando los preparativos junto con ellas, para los actos religiosos. Como el cura español que llegó de Moyobamba un día antes del inicio de las celebraciones, necesitaba alojamiento y alimentación, ella se ofreció para brindarle todo eso en la casa de sus padres, ya que, desde que su hermana Sara se casó, su habitación quedó disponible para recibir a algún forastero que solicitara posada. Sus padres, que eran buenos católicos, al enterarse que ese año recibirían allí en su casa al padrecito se pusieron muy contentos y lo manifestaron de este modo:

— Que bueno hija que, gracias a tu ofrecimiento, Dios bendecirá nuestro hogar mediante la presencia de un sacerdote. Y... a propósito, ¿cómo se llama hijita nuestro ilustre huésped? —le preguntó con un poco de sana curiosidad su padre a María Magdalena—.

— Dicen que se llama Mateo y, es quien va a venir este año, oí decir eso a las señoras a las que el pueblo les dice beatas. Ese es el nombre que su congregación le da, pero su nombre verdadero, la verdad que no lo sé.

— Bueno, ya lo sabremos cuando esté alojado en la casa y nos lo diga él mismo —le aclaró con naturalidad su padre— y tú serás la que lo atienda.

— Yo lo haré gustosamente papá, no te preocupes por eso.

Así fue como el padre Mateo resultó conociendo —más de lo que debiera—, a la primera hija de don Melquiades. Por orden de su padre, María Magdalena se encargó de tender la cama del cura, llevarle agua en una jarra todas las mañanas para su aseo personal, avisarle para que pasara al comedor a servirse sus alimentos, acompañarle hasta los pozos de Consuelo para que se bañe y, en fin, proporcionarle todas las ayudas que aquel necesitara o requiriera.

— Para agasajar al padrecito Mateo como Dios manda, —les dijo don Melquiades a su familia, como una decisión que tenía que cumplirse— después del día central de las festividades voy a mandar matar un chanco muy de mañana. Y tú, Herminia debes preparar los chicharrones con el “*amor nuevo*” para el desayuno, así como, un sabroso adobo de la pierna del animal para el almuerzo.

Después del banquete el padre Mateo debía regresar a Moyobamba; pero, no lo pudo hacer. Cayó enfermo del estómago. A pesar, según dijo, de que la carne de cerdo se

consumía en España como el pescado de río se consume por estas tierras. Pero, fue mucho para él lo que doña Herminia le dijo que se llamaba “*amor nuevo*”, que se estila hacer por estos rumbos, del cuello del cerdo, justo del pellejo y tocino por donde entra la puntada fatal, esa que, al pobre chancho, le envía a mejor vida.

Ante tal eventualidad, el padre de María Magdalena le ordenó:

— Hijita, qué le vamos a hacer, como dice la gente, al mal tiempo buena cara, tendrás que seguir atendiendo al padrecito hasta que se despida para irse a Moyobamba de regreso, sano y salvo. Como tu mamá lo ha enfermado, según él dice, por darle tanto “*amor nuevo*”, tienes que prepararle infusión de hinojo y alcanzarle a su cuarto cada vez que te lo solicite.

Y el reverendo solicitó la infusión de hinojo la última vez a eso de las diez de la noche, hora en la que, en el pueblo, todo el mundo ya está profundamente dormido. Como la atracción entre María Magdalena y Juan Antonio de la Cruz Sánchez y Torroba —que ese era su nombre real— nació de un flechazo certero de Eros desde el primer momento que se miraron a los ojos, pues... lo que tenía que ocurrir entre un hombre buen mozo y mejor plantado y, una mujer bonita, blanca por todos sus costados, tentadora y de curvas cimbreantes, como aquella descrita

en la Biblia, aunque ya algo madura, simplemente ocurrió. Si alguien los hubiera visto haciendo el amor, habría dicho que sacaban chispas...

De allí en adelante ella viajaba a Moyobamba con cualquier pretexto y él venía de visita a *La Ochora* del mismo modo. Pero; en el pueblo las noches de luna llena comenzaron a ocurrir cosas que no tenían explicación. A las doce en punto de la noche la gente escuchaba golpes por galopes de algo que parecían cascos de mula, no de caballo, relinchos de este mismo animal, gemidos de dolor también de este mismo animal ante cada uno de los riendazos de un jinete muy cruel y, en fin, gritos y obscenidades de todo calibre. Y la gente comenzó a hablar:

— Ay Dios mío, parece que hay una runamula rondando los viernes de luna llena por el pueblo —dijo una de las beatas—.

— Pero; ¿cómo puede ser posible si ni cura tenemos? —dijo un hombre—.

— ¡Ja! —comentó otra vez la misma beata— ¿y por qué entonces el padre Mateo nos visita a la media vuelta? Antes venía un cura al pueblo sólo a la muerte de un obispo y ahora, a la media vuelta el padre Mateo está por acá. Acaso... ¿eso no les huele mal a ustedes?



— Esas cosas extrañas que dicen que pasa en el pueblo, son puros cuentos y puras tonterías. Son inventos de gente que, al no tener nada que hacer en sus casas dicen estas cosas ¿Quién puede creer en esas vainas? —comentó otro—.

— Si fuera cierto, cosa que no creo, ¿por qué no la agarramos? Dicen que, para poder agarrar a esa mula endiablada, hay que hacer sogas de cerda de caballo bien remojadas en agua bendita. Si la lazamos, no podrá escapar.

Y se fueron cada uno a sus casas, quedando en reunirse a las once de la noche la próxima luna llena, fecha para la cual cada uno de los siete implicados en esta aventura endemoniada, deberían traer su soga de cerda de caballos bien remojada en agua bendita. Cuando ocurrió la luna llena, a la hora acordada, todos estuvieron reunidos en la esquina de la Escuela de Varones, lugar que escogieron porque consideraban que desde allí podrían escuchar cuando la mula comience a gemir al ser azotada por su jinete vestido de negro.

La luna a esa hora de la noche parecía un enorme plato de plata brillante que pendía en el cenit del cielo. En eso, unas nubes comenzaron a ocultarla. Fue entonces que comenzaron a escuchar que chasqueaba el látigo sobre las ancas de la mula. Corrieron sigilosamente hasta el lugar

del cual provenían los ruidos y ahí estaban ambos: la *runamula* y su jinete, el mismo diablo.

Sin saber cómo lo hicieron, primero uno de los cazadores de diablos logró lazar a la mula que, al sentir la soga en su cuello, comenzó a botar humo por los belfos y la nariz. Allí no más, los seis lazos restantes le cayeron encima. La mula corcoveó, pateó, se paró en dos patas y bufó como un toro; pero, no pudo escapar de los siete lazos.

Al sentir que su mula estaba atrapada y sin poder zafarse de los lazos, el jinete vestido de negro reventó como un cohete y se cubrió totalmente de un humo azul con olor a azufre. Cuando éste se despejó sólo quedó la mula gimiendo como una mujer herida. La llevaron casi a rastras hasta la plaza de armas y allí la ataron a un enorme árbol de naranja que había frente a la escuela de varones. Los siete cazadores se retiraron hasta una de las veredas de ésta que quedaba al frente; y, allí se instalaron para chacchar coca y tomar aguardiente, hasta que amanezca.

— Amigos, hemos sido testigos de algo que se considera sobrenatural —les habló el viejo Augusto Rodríguez a sus compañeros—; pero; yo creo que tenemos que arreglar bien este terrible y feo entuerto.

— Pero... ¡Cómo! Si esto es cosa del diablo —le retrucó Rogelio Sandoval que, a decir verdad, ni siquiera terminaba de entender este tenebroso asunto—.

— Fácil, compadrito. Pero, tenemos que hacerlo los siete como un solo hombre. Los siete, igualito que cuando cazamos a la runamula —le contestó Augusto Rodríguez, luego les explicó el “cómo” de este modo—: Ya sabemos quién es nuestra runamula, pero eso debe quedar entre nosotros siete. Para arreglar este feo asunto, hoy mismo nos vamos a Moyobamba. Pedimos una entrevista con el padre Mateo y le informamos con detalle lo que sólo nosotros siete conocemos; luego, si no quiere a buenas, lo traemos a *La Ochora* aunque sea del pescuezo, para que pida la mano de María Elena a sus padres. Hecho esto, pero sin soltar al curita este, regresamos a Moyobamba para que renuncie a sus hábitos y contraiga matrimonio religioso con la mujer que, supongo, debe amar tanto como para poner en riesgo su carrera religiosa.

— Ajá, ¿y crees que así de facilito, el padre Mateo va a venir con nosotros para hacer lo que le pidamos? Francamente que eso lo veo muy difícil. A ese cura lo van a proteger, para que su pecado quede impune, desde el obispo hasta su congregación —intervino Ulises Díaz, primo de Melquiades, para preguntar y poner en duda el trabajito que tenían que hacer—.

— Creo que tendrá que aceptar nuestra propuesta, si realmente quiere a María Magdalena como parece y si, además, quiere evitar tamaño escándalo en la iglesia católica a la que pertenece —le aclaró Augusto Rodríguez, seguro de lo que decía—.

— Si es así, hagámoslo de inmediato amigos. La honra de las mujeres de nuestro pueblo, debemos proteger y salvaguardar. Además, el niño que debe nacer del amor de aquel sacerdote y de María Magdalena, que es inocente de todo, no debe quedar como un bastardo o espurio toda su vida —aclaró de nuevo Ulises Díaz—.

Fue así cómo, desapareció para siempre la *runamula* de La Ochora. El señor Juan de la Cruz Sánchez y Torroba, ante el hecho consumado por él, de haber dejado a María Magdalena Díaz embarazada, renunció a sus sagrados votos de sacerdote y contrajo matrimonio religioso en Moyobamba, tan pronto el Obispo de Chachapoyas le licenciara de ellos. Amando como amaba a María Magdalena, jamás iba a permitir la vejación que, por el pecado de amarse, hacía el diablo con ella todos los viernes de luna llena.

## EL SHULCA

Las desgracias de la gente nunca vienen solas. Un año después de la muerte de su marido, doña Isolina tuvo que lidiar con la penosa y larga convalecencia de su hijo Caleb Cahuide, que se fracturó el fémur de la pierna derecha.

— ¡Oye niño! ¿En qué andanzas estás? —le llamó la atención doña Isolina al último de sus hijos, Caleb—.

— Quiero tomar agua del cántaro y como no alcanzo, voy a bajar el cántaro al suelo —le contestó éste—.

— Ni se te ocurra ese adefesio, muchacho. Te va a ganar el peso y terminarás con el cántaro en el suelo, roto.

— No pasa nada mamá. ¡Yo puedo! —¿Yo puedo? El cántaro de agua terminó su vida en el suelo, con el agua de su contenido derramada por media cocina—.

— Te estoy advirtiendo so muchacho adefesiero y desobediente. ¡Hoy verás!

Caleb no esperó. Ya sabía que su madre, por desobediente, le iba a castigar con un pedazo de rienda deshilachada que, para esos efectos tenía ella, colgada de un clavo en uno de los horcones de palo que sostenían el techo. Al ver el ademán de su madre tratando de coger ese instrumento de castigo, Caleb se fue corriendo hasta el altillo de la casa. Allí se escondió debajo de una cama, cerca de la puerta.

— ¡Te voy a encontrar so desobediente! —oyó que decía su madre como subir las gradas al terrado, donde quedaba el dormitorio de la casa. Al llegar a la puerta, la abrió de par en par, para disponer de más luz y encontrar al travieso de su hijo—.

Cuando su madre se fue hasta el fondo del terrado, el niño aprovechó para salir de su escondite para correr y tratar de evitar su castigo por desobedecer a su madre y encima romper el cántaro de agua. Esa casa tenía una especie de alar en el terrado, terminando la escalera, pero ese alar del segundo piso no tenía reja para evitar que alguien cayera por allí.

Caleb pensó que de un salto desde donde terminaba el alar del altillo, llegaría sano y salvo hasta una de las ramas de un naranjo, que siempre estuvo allí muy pegada al alar del segundo piso. De allí bajaría rápido y correría a esconderse en algún rincón de la enorme huerta. Al tratar de hacer efectivo su plan: saltar hasta el tronco de naranja y de allí

escapar, calculó mal y, en una de sus ramas se golpeó muy fuerte la pierna. Eso fue lo que le ocasionó la fractura.

Que... ¿Por qué dio ese espeluznante salto? Él lo sabía perfectamente. Desobedeció a su madre, pues, y sabía, también perfectamente, que esa travesura ella no le iba a perdonar por nada del mundo. Así que, para no recibir la cuera que ya estaba cantada, saltó al infinito...y ahora estaba allí atajado y sin poder moverse, por el dolor atroz que sentía en su pierna, en la rama de la naranja

Su madre llegó hasta allí con la cara pálida y, con un rictus que solo un susto muy grande produce a la gente. Llamó a gritos a sus otros hijos mayores que él, para que vengan a ayudarla a bajarlo de la naranja, desde más o menos un metro y medio de altura, donde Caleb estaba inmovilizado y, a punto de llorar a gritos.

Con la ayuda de una escalera su hermano Luis, primero, enderezó la pierna quebrada y, con un cuidado infinito lo bajó y lo llevó hasta una cama que había en la casa de huéspedes, en el primer piso de esa enorme casa. El niño se había quedado inconsciente desde la enderezada de su pierna. Sin saber qué hacer, doña Isolina mandó por don Ubaldo López —un hombre muy curioso para arreglar diferente tipo de cosas—. Don Ubaldo al ver la pierna del niño, sólo atinó a entablillarla y recomendar que, al día siguiente lo lleven a Moyobamba, a un doctor.

Para cualquier niño de su edad, quebrarse una pierna es algo insoportable, no porque duela tanto el hueso fracturado, sino por el hecho de estar imposibilitado para moverse y hacer aquellas travesuras propias de esa edad, en tanto dure el proceso de soldadura de los huesos fracturados.

En el caso de Caleb Cahuide el doctor Arthur Lince tuvo que, no sólo unir diligentemente los dos partes del fémur quebrado, haciendo coincidir incluso las astillas de hueso que se hallaron desparramadas por allí, sino inmovilizar a la criatura desde la cintura hasta la rodilla, para garantizar la formación del callo óseo respectivo y la soldadura definitiva del hueso fracturado.

Lograr aquello, significó enyesarle la pierna quebrada desde la cadera hasta la rodilla, en su totalidad, formando una sola pieza, rígida y muy molesta, en la que hubo que dejar sólo un par de orificios que le permitieran hacer sus necesidades corporales con cierta normalidad, aunque con ayuda. Debido al hecho de estar inmovilizado en la cama, con yeso hasta la cadera y por más de dos meses, a Caleb se le formó una gran herida parecida a una enorme escara, en la parte inferior de su espalda, un poco más abajo de la cintura, que es donde la moldura del yeso terminaba.

La rigidez del yeso, la falta de movilidad de esa parte del cuerpo y no se sabe que otras cosas más, además de



constituirse en una verdadera tortura para el niño de cinco años, terminó lacerándole la piel, que primero se tornó insensible en esa área, para luego después de producida la herida, ocasionarle un dolor que lo tuvo llorando incansablemente día y noche, sin que nadie supiera cuál era la causa de ese llanto, ya que todos pensaban que lo hacía por pura necesidad y consentimiento.

Total, era el “*huinsho*” según la costumbre en *La Ochora* para estos menesteres o, el “*Shulca*” según la manera de nombrar al último hijo de una familia, en Huacapampa, de donde eran oriundos los padres de este niño. Pero, esta familia por demás particular, pues, constaba de nueve hermanos huérfanos de padre, criados todos por una viuda apenas de 39 años que, a las malas, tuvo que adquirir un carácter fuerte y un coraje indomable, forjado en la brega cotidiana de esa vida dura que le llegó sin pedirla.

En esos tiempos, como es de suponerse, tampoco habría sido un alivio saber la causa del llanto del niño, porque no aparecían todavía la *antalgina*, el *paracetamol*, el *ketorolaco*, el *tramal* o cualquier otro fármaco apropiado para el caso, que habría sido fácil administrarle para aliviarle el dolor. El único analgésico y antipirético que existía era el “*mejoral*”, que estaba constituido mayormente por el componente básico de la aspirina; pero que, en éste caso, sirvió de muy poco o nada. Cuando por fin se dieron cuenta de que el origen del llanto del niño era

la dichosa escara, el yeso había hecho ya una gran herida en la parte inferior de su espalda, la misma que al observarse por el intersticio que dejaba ver el yeso, prácticamente aparecía ante los ojos, en carne viva. Al ver la herida de Caleb, su hermano mayor Reynerio, sólo atinó a hacer este comentario:

— Pobrecito el Shulca, la herida de su espaldita está igualita a la “mata” que tiene “el ruso” en su lomo y que no se ha querido sanar con nada desde hace ya harto tiempo —se refería a una herida que el caballo de la familia tenía en su lomo y que le había sido producida por una mala aparejada de la montura, en el viaje de Saposoa hasta La Ochora. Esa clase de heridas en los caballos, por lo general, decían los entendidos, que no sanaban casi nunca si no se soltaba al animal en la invernada y no se lo volvía a ensillar por lo menos en un par de meses, lo cual, en el caso del pobre “ruso” nunca pudo darse, porque él era indispensable para la sobrevivencia de la familia—.

— Como va a ser igual la herida en su espaldita de mi hijo, a esa mata tan fea y tan odiosa que tiene el caballo de nuestra familia en su lomo, muchacho de Dios... —le contestó un poco aireada doña Isolina, para luego concluir aclarando con mucha seguridad—: ¡Esta herida de este mi último hijo, juro por Dios que la curaré muy pronto, de la manera que sea o que haga falta, o no me llamo Isolina Escalante Rojas viuda de González!

La herida de marras le apareció en la espalda a Caleb sin saberse cómo ni cuándo —nadie fue capaz de imaginar que la herida la originara la rigidez del yeso— y, comenzó a dolerle y producirle enorme sufrimiento, porque al rozarse el yeso con la carne viva de la escara, era natural que así ocurriese. Sobre eso, irremediablemente se empeoró, debido a que era difícil de curar por la posición en que se encontraba y al no ocurrírseles cortar ese pedazo del yeso para liberar al cuerpo de esa fricción y presión; pero, sobre todo, por tratar de cumplir al pie de la letra las indicaciones del médico que había precisado que, por ningún motivo, se mueva al paciente o el hueso no soldaría.

En la actualidad se sabe que, entre la piel y el yeso, los traumatólogos colocan una capa protectora de algodón que evita la fricción de la piel con la rigidez del yeso, pero en aquella oportunidad esa técnica presumiblemente todavía no se utilizaba o no era conocida. Bueno habría sido que el yeso se hubiera colocado, por lo menos, sobre el calzoncillo del niño, pero también en aquel tiempo los niños de esa edad no usaban calzoncillos. Por lo menos en *La Ochora* nadie que se conociera menor de quince años los utilizaba.

Los de esa edad y mayores, utilizaban una trusa que se confeccionaba con tela “*playa*”, que era muy barata y rala, o con la tela de los costalillos en los que venía la harina de trigo, que las pocas panaderías de la capital de la provincia

utilizaban para producir este alimento. Hubieron de transcurrir todavía cerca de 10 años más para que lleguen al pueblo los “*calzoncillos blancos de punto*”, que son los que hasta ahora existen, con algunas variaciones y que, hasta donde se conoce, no se ponían aquellos varones conservadores o apegados a las costumbres de antes, hasta muchos años después de su aparición en las tiendas de ropa y géneros.

Para intentar curarle la herida le aplicaron todos los remedios caseros conocidos, sin que surta casi ningún efecto satisfactorio. Cuando ya parecía que cicatrizaba, después de una noche con mucho llanto de la criatura, aparecía a la mañana siguiente otra vez sangrante y en carne viva, como si nunca hubiera tenido una costra en formación.

Cuando se intentó curarlo utilizando las medicinas de las boticas y de los hospitales, tampoco se logró resultado alguno, ni bueno ni malo. La “*sulfas*” en polvo y en pastillas, así como el “*aseptil rojo*” en aquel tiempo, eran las únicas medicinas conocidas para curar heridas e infecciones de esa naturaleza y, a diferencia de los antibióticos de ahora que son más eficaces y rápidos, las “*sulfas*” aquellas surtían su efecto con una lentitud desesperante, por lo que... no había cuando se cure la dichosa herida aquella y el pobre “*Shulca*” seguía llora que te llora sin fin.

Hasta que finalmente, compadecido del llanto del niño, un vecino de la casa llamado Ubaldo López se fue al monte y trajo de allí en una botella, la sangre de grado con la que iniciaron nuevamente las curaciones de la herida “incurable”. El “nuevo medicamento” como era de naturaleza astringente, comenzó por empequeñecer el tamaño de la escara y crear la piel que faltaba, no en un santiamén, pero si en algo más de una semana.

Obviamente, antes de eso, este diligente hombre cortó toda la parte del yeso que estaba produciendo la herida por fricción, y dejó libre de ella al niño, lo que, al parecer, resultó tanto o más efectiva que la sangre de grado con la que se logró el resultado final: la piel de la herida comenzó a regenerarse y la carne viva a dejar de sangrar y soltar aguadija, para formar su propia costra protectora.

Al término de los dos meses, por fin llevaron al *shulca* nuevamente al Hospital Evangélico de Moyobamba para que le quiten el resto del yeso. El fémur había soldado muy bien y la herida de la parte inferior de la espalda se encontraba completamente cicatrizada.

Sin embargo, el niño tuvo que ser hospitalizado de nuevo para atender su rehabilitación: la pierna derecha estaba sana, pero... al parecer, el niño se había olvidado de caminar con ella o le era muy difícil porque decía que por allí se le clavaban mil agujitas.

Para ese tiempo a María Ida, hermana mayor del *Shulca*, la Misión Evangélica le concedió empleo en su Hospital de Moyobamba como ayudante de enfermería —tan sólo cuando contaba trece años de edad— con un sueldo de 30 soles mensuales. Ese sueldo era más de lo que se podía ganar tejiendo sombreros de sol a sombra en *La Ochora*; pero, obviamente, era un sueldo de explotación descarada, por los trabajos que allí, la niña tuvo que hacer en forma cotidiana, desde que amanecía hasta que anochecía.

El tal trabajito consistía en asear todo el hospital, es decir barrerlo y trapearlo con desinfectante (creso diluido en agua), recoger los residuos hospitalarios y limpiar el suelo de todas las salas de hospitalización, limpiar las letrinas con el consabido creso y encima, hacer guardia algunas de las noches en que era necesario y, también, cuando la enfermera, una gringa inglesa de malas pulgas, quería descansar a pierna suelta esa noche.

Sobre eso, María Ida tuvo que ayudar en la rehabilitación de su hermano Caleb Cahuide, en los pocos ratos libres de los que disponía, porque su madre, doña Isolina, tuvo que regresarse a *La Ochora* para atender a sus pensionistas, ya que nadie más podía hacer ese trabajo, y de ese trabajo dependía toda la familia para garantizarse el sustento.

Después de cerca de quince días de rehabilitación, Caleb seguía afirmando que le era imposible caminar porque las

mil agujitas se le clavaban inmisericordemente en la planta de ese pie. Al no haberse podido lograr mayores avances, el doctor Arthur Lindsay lo volvió a examinar.

Verificó que el fémur había soldado muy bien, que el niño ya no sentía dolor al hacerse presión en el lugar donde había ocurrido la fractura y que... por lo tanto, ya estaba sano y bueno, siendo el hecho de que no podía caminar, sólo por una especie de sugestión o un desorden psicológico que, en el hospital ya no se podía curar, por carecer de ese tipo de especialista, por lo que le dieron de alta sin más ni más: la cama del hospital se necesitaba para otra persona que realmente estuviera enferma.

María Ida sacó a su hermano de ese hospital a la hora de su salida del trabajo, o sea a las cinco de la tarde y, cargándolo sobre su espalda, lo llevó hasta el cuartito en la punta de Shango donde ella vivía con sus hermanos Elías y Yolanda. Estos últimos estaban estudiando la secundaria en Moyobamba, pues, en *La Ochora* sólo se contaba con centros de educación elemental y primaria. A nadie se le ocurrió fusionar la primaria de mujeres con la de varones en un solo local mixto y, con ese presupuesto, crear un colegio de educación secundaria, que se requería con urgencia porque, alumnado sobraba.

Caleb Cahuide, una vez que estuvo junto a sus hermanos mayores, hizo mil intentos por caminar; pero, en ninguno

de los casos pudo lograrlo. Según él mismo, les hizo comprender con su escaso vocabulario que, cada vez que intentaba utilizar su pierna derecha, comenzaba a sentir que se le clavaban unas agujas invisibles en el talón del pie derecho y que, además, su espalda le hormigueaba, como si estuviera tratando de salir de esos calambres que suelen atacarnos en las piernas cuando uno menos se lo imagina.

Al verificar que Caleb no iba a caminar pronto, por las razones que esgrimía y por otras que ellos imaginaban, decidieron llevarlo a *La Ochora*, porque como Elías y Yolanda tenían que asistir a sus clases del colegio, y María Ida tenía que ir a trabajar desde muy tempranas horas del día al hospital, el niño se quedaba sólo en el cuarto donde ellos vivían, y como no podía movilizarse por sí mismo, cuando regresaban lo encontraban hundido en sus propias eses o queriendo sumergirse en sus propios orines.

Así que, no había otro remedio que llevarlo a *La Ochora* para que allí lo atiendan en todos esos menesteres. El día sábado, tan pronto terminaron las clases en el colegio, Elías y Yolanda lo llevaron cargándolo por turnos sobre su espalda hasta *La Ochora*, donde su madre lo atendería como sea y, a pesar de sus mil ocupaciones y sus escasos ingresos económicos.

En la Ochora le consiguieron unas muletas que nunca quiso utilizar. Le instaron a caminar más de mil veces. Pero el



niño seguía con la idea fija de que no podía hacerlo. Aprendió más bien a arrastrarse sobre las posaderas con la pierna derecha tesa como si no tuviera movimiento, por lo que la familia llegó a pensar que jamás volvería a caminar.

Hasta que una mañana en que se levantó temprano de su cama en el segundo piso de la casa de teja, luego de arrastrarse, primero por las gradas que había entre el primer y el segundo piso y, luego por el alar de la misma con idéntico estilo, para llegar triunfante hasta el centro de la sala, donde pensaba ponerse a jugar, la vaca de ordeño que la familia tenía hizo su ingreso por la puerta de ella, para pasar a la huerta donde la ordeñarían y daría de mamar a su becerro.

Al verificar que la vaca, prácticamente, iba a pasar por su encima, Caleb Cahuide se levantó de un salto y comenzó a correr para alejarse de ella, la misma que, sin darse por aludida, siguió caminando detrás del niño contoneando sus caderas como acostumbra. Así llegó hasta la cocina donde su madre preparaba el desayuno y se abrazó a ella como si la estuviera viendo después de mucho tiempo de separación. La madre... con lágrimas en los dos ojos —porque en ese tiempo se lloraba con los dos ojos, a diferencia de lo que ocurriría muchos años después, en que las mujeres de las telenovelas lloran sólo con uno—, sólo atinó a abrazarlo y besarlo como nunca lo había hecho hasta ese momento, porque al parecer, era un poco parca

para esa clase de demostraciones de afecto y, especialmente. para dar de arrumacos a sus hijos.

Habían transcurrido hasta ese momento más de seis meses, desde que Caleb Cahuide “*el Huinsho de la familia*” llegó de Moyobamba sobre la espalda de su hermano Elías... casi baldado para caminar por sí mismo. Desde allí y por toda su vida, nunca cargaría sobre sus espaldas ningún peso, siempre estaría exonerado en esa familia de hacer ciertos esfuerzos físicos y, lo que fue mejor, se convirtió en el nieto consentido de su abuela doña Asunción Rojas Sánchez que, al verlo caminar, juró que ella lo cuidaría y protegería para que nunca le vuelva a ocurrir nada malo...

A nadie se le ocurriría, en ese tiempo, que el “*Huinsho*” éste, sería el más alto y espigado de todos sus hermanos, ni que doña Isolina muchos años después, tendría que vender su más fino toro semental cebú, al que pusieron por nombre “*Manolete*”, en honor al mejor torero español de ese entonces, para pagar los gastos del equipo, con el que su hijo tendría que internarse en la tan cotizada Escuela Militar de Chorrillos.

El “*Shulca*” o el “*Huinsho*” de la familia González Escalante sería oficial del heroico Ejército Peruano, la institución que, junto con la Marina Peruana, hasta ese entonces, había dado al país sus más preclaros héroes. Allí en la mente de todos estaba presente todavía, la bravura de Francisco Bolognesi que prefirió morir quemando su

último cartucho o, la del glorioso marino Miguel Grau que, con el frágil “*Huáscar*” puso en jaque, hasta morir, a la poderosa escuadra chilena costeada y equipada en su integridad por Inglaterra, la consolidada ya potencia mundial imperialista, que anhelaba explotar el salitre de Antofagasta y Tarapacá para seguir produciendo la pólvora para sus fusiles, cañones y otros artefactos necesarios para sus mil guerras, en todo el mundo...



## \*\*\*\*\*DE CAPITÁN A SUBPREFECTO

— No me gusta nada que tengas que irte a ese pueblo de la selva que dicen que se llama Tocache. Tengo un mal presentimiento. No sé, me parece que, si te vas a ese lugar, te voy a perder para siempre, no porque encuentres otra mujer, que también es uno de los riesgos que yo corro, porque dicen que por allí hay mujeres muy bonitas y, además, “*calientes*”, sino porque siento muy dentro de mí que allí te van a pasar algo que va a afectar nuestras vidas para siempre —así le habló su esposa Romelia a Juan Joel, con la intención de que no acepte el cargo de subprefecto que le estaban ofreciendo los del gobierno—.

— Tengo que ir, mi querida Romelia. No se te olvide que, aunque no en actividad, yo seré siempre un oficial del Ejército. Esta vez, la patria requiere de mis servicios con urgencia, pues, como bien sabemos, Tocache es zona de alta peligrosidad porque allí reina la actividad ilegal del narcotráfico y, pues, alguien tiene que ir allí y combatirlo desde sus raíces.

— Y... ¿Acaso tú tienes que ser ese salvador?

— Claro que no, necesariamente; pero, el destino me ha elegido a mí. Esa es la cosa. Y cuando el destino te señala con su dedo, de una forma o de otra, se resulta haciendo lo que él quiere que ocurra. Además, Tocache no es un pueblo refundido en la selva. Es una provincia del departamento de San Martín y está unido a Tingo María por carretera y por vía fluvial a Iquitos, Bellavista, Juanjui y Yurimaguas. Por avioneta, a cualquier parte del Perú y del mundo.

— Uyuyuy ¿Y cómo sabes tú todas esas cosas tan específicas de Tocache?

— El año pasado he viajado en la camioneta Ford hasta allí, con mi hermano Demetrio. Mi hermano Elías, a pesar de que le insistimos para ir los tres hermanos a “*dar una vuelta por el perejil*”, como decía mi madre, no quiso acompañarnos por nada del mundo. Nos dijo que no podía dejar de su cuenta a sus pacientes de Florencia de Mora.

— ¿Pacientes? Pero, si él no es médico.

— Desde cuándo vivíamos en *La Ochora*, y fíjate que ya hace bastante tiempo de eso, mi hermano Elías se desempeñaba como el sanitario de una Posta Médica financiada por el “Servicio Inter Americano de Salud Pública”, que inicialmente se creó para erradicar el paludismo; pero, que tuvo que quedarse allí después que se venció a esa pandemia, a cargo, esta vez, del Estado Peruano. Cuando dejó ese trabajo, ingresó a la Guardia

Civil como integrante de la Sanidad de la Policía y, cuando se jubiló allí, hizo su casa en Florencia de Mora, una barriada marginal de Trujillo, al igual que lo hizo mucha gente de Santiago de Chuco, que migró de esa provincia serrana de La Libertad hacia Trujillo, la capital del departamento —hizo una leve pausa y continuó—.

— Por ese detalle, justamente, resulta que la gente de Florencia de Mora estaba conformada, casi en su totalidad, por migrantes de Santiago de Chuco, donde antes mi hermano Elías estuvo destacado en la Sanidad Policial de ese lugar. Al reconocer que también él era migrante santiaguino y que sabía curar a la gente, comenzaron a acudir a su casa. Mi hermano sabe sacar muelas podridas, atender partos de urgencia, suturar heridas, operar abscesos, acomodar huesos fracturados y, curar enfermedades que no requieran de cirugía mayor, porque eso no le enseñó el médico escocés Arthur Lindsay, director del Hospital Evangélico de Moyobamba, de lo contrario él lo habría aprendido porque, para esas cosas, es muy inteligente mi hermanito.

— Oye, que sorpresa para mí, enterarme de todas esas habilidades de tu hermano Elías. Y, seguro como no cura gratis, allí gana su buen dinero. Qué va a querer dejar su pequeña minita de oro por irse de paseo. ¿No te parece?

— Bueno, si tú lo ves desde ese punto de vista, que puedo hacer yo. Pero, sí te aclaro que mi hermano no es de esas personas apegadas al dinero. Cuando cobra lo hace

con la gente que le puede pagar. A los necesitados, hasta donde yo sé, no les cobra nada, les atiende igual que a todos los demás, pero no les cobra ¡nada de nada!

— Vaya, pero... no te enojas mi amor.

— No estoy enojado, Negrita.

— Pero... el tonito que le has puesto a tu última aclaración, me parece que dice lo contrario.

— No dice nada. Y... lo hice porque hubo necesidad.

— Yo no he dicho nada malo de tu hermano. La gente, en general, cuando comienza a ganar dinero, prefiere quedarse a seguir ganando ese dinerito, a irse a un paseo que, de todas maneras, le va a reportar algún gasto.

— Quizás tenga razón. Pero, eso ya no importa. Mi hermano Demetrio fue quien me acompañó aquella vez que fui a conocer Tocache, a pesar de que estaba bastante mal de la próstata.

— Y... ¿Cómo supiste que tu hermano estuvo mal de la próstata? ¿Acaso tú también le entiendes a la medicina?

— Por lo que se quejaba el pobre en los baches del camino. Además, cuando se iba a orinar, la vez que parábamos en la carretera para ese fin, él se demoraba más que yo. Y cuando le hice notar ese detalle, él mismo me



contó que andaba muy mal de la próstata y que estaba esperando que, en el Hospital Rebagliati de Lima lo programen para operarlo. Pero todas esas gestiones las hacía en Trujillo, donde vive, igual que mi hermano Elías.

— Pero, cuando regresaron a Lima, que lo hicieron vía Tingo María y Huánuco, y eso lo sé porque tú me lo dijiste, a Demetrio yo lo vi muy bien de salud. Que yo sepa no se quejaba de nada.

— Claro que sí. Pero, esa es otra historia...

— Lo sé, pero me la puedes contar, ¿no es cierto? A la madre de tus hijos: Edgar y Ruth le puedes contar todo.

— Tanto como todo, no será, porque hay cosas de hombres que se deben quedar allí. Pero, sobre la próstata de mi hermano si te puedo decir cómo se curó de ese mal. Resulta que mi padre don Demetrio González Díaz, tenía dos hijos en Tocache que sabíamos que existían pero que nunca los conocimos nosotros dos. Uno se llama Miguel y el otro es Joel. Este último, al enterarse de la enfermedad de su hermano Demetrio, porque ni bien llegamos nos reconocimos con él, gracias a mi primo Roberto Caro Aliaga que conocí yo en Cajamarca y que, allí en Tocache, tenía una enorme bodega de abarrotes, donde tenía crédito mi hermano Joel y otros familiares más.

Joel tenía una chacra entera de piñas, que ya estaban pasándose de maduras, porque no las podía vender debido

a que la carretera se interrumpió cerca de Tingo María. Sabedor de que la próstata de Demetrio andaba de mal en peor, se fue a su chacra y después de cosechar las piñas, resultó llegando a la casa de Roberto Caro, donde estábamos hospedados, con dos costales llenos de piña para descargarlas allí, del caballo en que las trajo. Luego le dio a Demetrio un machete bien afilado para que las pele y le dio la indicación de que tenía que comerse, por lo menos cuatro piñas al día, con el estómago vacío.

Al comienzo, bastante incrédulo, Demetrio cumplió lo ordenado por nuestro hermano Joel, lo menos tres días seguidos. Al sentir al cuarto día una tremenda mejoría, el resto de las piñas se las comió como cantando. Desde allí mi hermano Demetrio se ha curado de su próstata mejor que con las medicinas que ya se había cansado de tomar en Trujillo, que eran esas que el Seguro Social del Empleado daba en ese entonces. Mi hermano por esa fecha ya era maestro jubilado, como tal, pertenecía al seguro social del empleado y su hospital era el Rebagliati. Allí le hubieran operado de la próstata si no se hubiera sanado con las piñas. El otro, es el Seguro Social Obrero y su Hospital es el Almenara, que es exclusivo para los obreros, aunque eso parezca discriminante. Algún día esa fea división de empleados y obreros ya no existirá, eso lo doy por echo. Bueno, ya está usted enterada, con relleno y todo, acerca de este asunto de la próstata de mi hermano Demetrio, doña Romelia Marín Aliaga. Ahhh... y espero que su interrogatorio allí termine. Yo no escondo nada y si tengo que separarme, es por la educación de mis hijos.

— Y... ese tu primo Roberto Caro Aliaga, ¿no será que también es mi familia?

— No lo dudo. Pero mejor no averigües nada. No sea que resulte yo también siendo tu familia.

— Y... No estás muy lejos de la verdad Juan Joel. Casi todos los descendientes de familias *huacapampinas* o *shilicas*, en general, resultamos siendo familia. Pero, esa es otra historia y ya estoy algo cansada de esas cosas para contártelas. Tal vez otro día de gloria... Pero, ¿sigues tú con la odiosa tonada esa de que te irás de “*Señor Subprefecto*” a la provincia esa de Tocache? Si lo haces será de puro terco que eres, y más seguro es que allí, como lo presiento, te va a pasar algo terrible. Así que: ¿te irás a pesar de todo mi querido amor?

— Por supuesto.

Y ya no hablaron más del asunto. Romelia sabía a ciencia cierta que su Juan Joel era más terco que ella, porque, encima, era de ideas fijas, por lo menos de la partecita que ella misma reconocía como cierta. Y Juan Joel resultó arreglando sus chivas como para irse de campaña. Sólo lo más elemental que en forma apretujada cupieron en la vieja bolsa de militar que conservaba y que no era muy diferente, en el fondo, a las “*bolsas de marinero*” que los efectivos de la marina usan para guardar sus cachivaches cuando tienen que viajar. Cuando lo vio en esas fachas, Romelia se atrevió a preguntar:

— Y... ¿Te piensas ir solo, como solterito? ¿Acaso no te acuerdas que tienes mujer y dos hijos?

— Claro que sí me acuerdo. Por eso, justamente, es que me voy solo. Con mi pensión se pueden arreglar tú y nuestros dos hijos acá en Lima, en la casa de tu madre. A donde voy, tengo que ir solo, definitivamente. No pienso arriesgar a mi familia para nada. La zona es muy peligrosa por el alto nivel al que ha llegado el narcotráfico allí.

Y... Juan Joel viajó esa noche rumbo a Tocache solo, como vino a este mundo. Tenía que viajar primero a Huánuco, de allí a Tingo María y, de este lugar en la movilidad que hallara, hasta Tocache, su destino final. Además de ropa adecuada para climas calurosos, llevó en un fólder su resolución de subprefecto, firmada por el mismísimo Agustín Mantilla, ministro del interior del presidente de la república de ese entonces: Alan García, en su primer período de gobierno.

El viaje hasta Huánuco fue, relativamente, cómodo, comparado con lo que le tocó cuando tuvo que hacer los tramos de Huánuco a Tingo María y de allí, a Tocache. Además, el tramo último de esta carretera fue horroroso, por decir lo menos. Era una vía afirmada de tierra dejada a su suerte por el gobierno de turno, sin ningún tipo de mantenimiento en donde, si no era el encalaminado en la superficie de rodamiento de la carretera, lo que fastidiaba la marcha del vehículo, eran los lodazales frecuentes y los derrumbes, que obligaban a parar a los vehículos.

Superando todos esos trajines e inconvenientes el nuevo subprefecto arribó a su lugar de destino. Cómo llegó por la tarde, cuando ya comenzaba a oscurecer, lo primero que se le ocurrió fue ir a pedir posada por esa noche a su primo Roberto Caro Aliaga, cuya casa conocía bien. Como lo imaginó fue recibido en ese hogar con el cariño y el afecto propios de los naturales de *Huacapampa* y que resultan especiales cuando de la familia se trata.

Juan Joel y Roberto se conocieron en Cajamarca allá por el año mil novecientos cincuenta y cinco, reconociéndose como familiares cercanos, la vez que el primero vino del Colegio “Serafín Filomeno” de Moyobamba a estudiar el quinto año de secundaria, en el tradicional e histórico Colegio “San Ramón”, hospedado en la casa de su hermana María Ida. Como Gilmer, hermano menor de Roberto, estudiaba carpintería en madera en el Politécnico de “San Ramón”, muy pronto éste los convenció a su hermano Roberto y a su primo Juan Joel, para fabricar muebles de cedro en uno de los cuartos de la casa de sus padres: “*Panchita*” Aliaga y Medardo Caro. Allí en ese taller de carpintería además de familiares, Roberto y Juan Joel se hicieron muy amigos.

Para Roberto Caro darle posada a su primo Juan Joel, por una noche o por todo el tiempo que él quisiera, no era ningún problema. Pero, había algo que le estaba causando enorme preocupación y, de ser ciertos los rumores que había escuchado por allí y por allá, ese sí sería un problema muy grave, más para el recién llegado que para

él, obviamente, ya que como era vendedor de abarrotes al por mayor, había aprendido a lidiar con ellos. Sólo era cuestión de negociar, o sea, venderles al contado lo que ellos le requirieran de su tienda.

Por ese detalle, era común que cada semana lleguen a su tienda de abarrotes, narcotraficantes de todas las layas y calibres que por allí se conocieran, en sus camionetas cuatro por cuatro, a bastecerse de toda clase de vituallas necesarias para sus andanzas, desde sacos de arroz, de harina de trigo, avena o azúcar, hasta bolsas enteras de fideos de todas las clases existentes, cajas de litros de aceite de comer, cajas de portola y de atún, hasta cajas de cerveza, de gaseosas de todas las marcas, de martini, de cinzano, de champagne, de ron del Caribe, vermouth, vino, pisco y wisky, con la gran ventaja de ser al contado.

Roberto había escuchado muchos rumores, a través de diferentes fuentes, de que a Tocache venía desde Lima, para ocupar el cargo de subprefecto de la provincia, un ex capitán del ejército apellidado González, de filiación aprista, porque lo enviaba el mismísimo ministro del interior Agustín Mantilla, casi la mano derecha del presidente Alán García. Por lo tanto, era más que seguro que no habría nada que temer y que, con que les reciba a los narcos una tajadita de sus descomunales ganancias, ya estaría más que arreglada la cosa. Bueno y... si resultaba bravo o se hacía el difícil, supuso él, que ya lo irían amansando poco a poco, mediante invitaciones a alguna comilona, u otra cosa que a él le gustara .

Según la apreciación personal de Roberto Caro, el recién llegado, su primo Juan Joel, apellidaba González y, además, era ex capitán del ejército. No había duda, entonces que aquel querido primo Juan Joel que conoció en Cajamarca, sería el que vendría de subprefecto a Tocache. Sin embargo, se dijo para sí, que mañana lo averiguaría. Y a la hora del desayuno lo verificó:

— Hola pues primito querido, cómo has amanecido. ¿Dormiste bien, hermanito? —le dijo sonriente Roberto Caro a su primo Juan Joel, al tiempo de ir a abrazarlo a su llegada a la tienda, donde les traerían el desayuno—.

— Dormí como un lirón, Robertito. Qué no iba a caerme dormido como fardo, después de ese viajecito de Tingo María para acá. La carretera es horrible, primo.

— A mí me vas decir cómo es esa bendita carretera, primito. Yo siempre viajo a Tingo María; porque, allí, tengo otra tienda tan grande como esta de Tocache. Ya sabes que, para nosotros los descendientes de *shilicos* “*los negocius son negocius*”.

— No hace falta que me hables como judío, Robertito. Total, según me han contado, todos los *shilicos*, incluyendo a nuestros padres, descienden de unos judíos sefardíes a los que llamaban en España “*marranos*”.

— Si pues, hermano. A mí también me han contado algo parecido. Pero lo de *marranos* no me gusta, porque,

como me verás, yo estoy algo gordito; pero, porque soy de pico fino y goloso. No como los marranos que se echan al buche, todo lo que encuentran a su alcance.

— Es la buena vida, Roberto. No es por ser *marrano*. Yo estoy seguro que es por la buena vida. Porque te veo bien posicionado aquí. Y... espero que sólo negocies con abarrotos, aunque, conociéndote cómo te conozco, yo tengo la seguridad que así es y que, como siempre, andas por el buen camino. —El señor subprefecto desde el primer día, ya hubo comenzado a trabajar. Según lo que pensaba, si tenía que ser recto y justo, lo sería con todos, comenzando por la familia, claro estaba—.

— Ni lo dudes, Juan Joel. A mí, me ha criado bien derecho don Medardo Caro, mi padre, al que tú lo has conocido muy bien. Si te contara todo lo que ha hecho ese viejo para convertirme en el hombre honesto que ahora soy, no paramos hasta mañana —le contestó Roberto bien firme y bien claro a Juan Joel, a pesar de que éste era su primo, su amigo y su compañero de viejas andanzas en Cajamarca. Y... es que estaba realmente fastidiado porque la gente que le rodeaba, parientes, amigos y otros, tuvieran la creencia de que el dinero que poseía, que no era poco, lo hubiera adquirido en base a traficar con droga—.

— Primito, francamente no he tenido la intención de afirmar que eres narcotraficante, sólo te he comunicado lo que, tan pronto he llegado, me ha comentado gente de tu entorno que ni siquiera imaginas. Como yo te conozco, no



de ahora, sino de mucho tiempo atrás, no he creído tales murmuraciones. Lo que te he insinuado ahora, ha sido sólo para confirmar la convicción que tengo de ti.

— Primo Juan Joel, no te voy a negar que comercio con los narcos. Yo les proveo de los comestibles y demás vituallas que necesitan para internarse en la selva, al por mayor, por la sencilla razón de que, todo lo que ellos adquieren de mi tienda, que también es mayorista en esta zona, me lo compran con dinero contante y sonante. Vender al contado en esas condiciones y cantidades, es buen negocio en cualquier parte del mundo. Si eso es delito, entonces soy un delincuente; pero bien sabes que, ni aquí ni en la cochinchina eso es delito. El otro lado del asunto es que, si no les vendo lo que me piden, me matan.

— Está bien Robertito. No te exaltes. Si te he ofendido te pido, sinceramente, que me disculpes. Para mí, las cosas siempre estuvieron claras. Sólo quería escuchar de ti mismo la confirmación de mi convicción personal.

— No hay necesidad de que te disculpes Juan Joel. Nos conocemos. Sé que tú eres una persona bien franca y por demás sincera. Sin embargo, te pido anticipadamente que tú me disculpes también por lo que voy a decirte —le habló como en tono de súplica su primo Roberto Caro Aliaga, el que para Juan Joel era, más que un familiar, su amigo de ña y mugre en Cajamarca, la vez que vino a estudiar el quinto de secundaria en “San Ramón” y la emprendieron de carpinteros de madera—.

— Dime lo que sea. Lo que sea, Robertito. Sé que de tu boca tampoco pueden salir ofensas gratuitas.

— Se ha corrido la voz de que el nuevo subprefecto de Tocache eres tú. ¿Me equivoco?

— No te equivocas. Yo soy el nuevo subprefecto de Tocache y, aunque le incomode a la gente de este lugar, mi idea es acabar con su mala fama, para siempre.

— ¿Qué pue no tienes juicio Flaquito? Aquí, si no le entras a la coima y no les dejas actuar como siempre, eres hombre muerto. De eso, no me cabe la menor duda.

— Habrá que ver lo que pasa. Mi decisión está tomada, primo. Yo, igual que tú, soy un hombre honesto. Además de eso, tengo formación militar. Más bien que se cuiden de mí los que me quieran matar —y le enseñó la pistola automática que llevaba escondida en su cintura, asegurada debajo de la correa—.

— Eso yo lo sé de sobra, mi querido primo. Pero lo que te digo en base a vivir aquí y, comerciar con ellos, por muchos años; es que, lo mejor que puedes hacer, es renunciar ahora mismo a este cargo; o, de lo contrario, recibir lo que ellos piensan darte sin que tú les pidas nada y, de allí en adelante, hacerte el de la vista gorda. Total, ya sabes que, *“ladrón que roba a ladrón, tiene cien años de perdón”*. No tienes idea de la magnitud del problema, primito, esto que ocurre acá no va a cambiar, porque es el

mismo gobierno el que anda metido hasta las orejas en este turbio y fétido negocio.

— Sólo que... yo no soy ladrón, ni coimero ni convenido, primo Roberto. Si el país me ha asignado esta misión, mi deber como hombre de bien, es cumplir lo mejor que pueda esta trabajo. Y eso haré, aunque me cueste la vida. Prefiero morir a vivir en la deshonra.

— Juan Joel, tú no serías la primera ni la última autoridad de esta provincia que hace lo que te he sugerido. De lo contrario, tu muerte está más que cantada. Con esos no tienes oportunidad. Te matarán a traición.

— Me es imposible hacer lo que tú dices que me conviene, para no ser hombre muerto. Pero, cuando uno ha sido criado con valores, entre ellos la honestidad, hacer lo que me sugieres, resulta imposible, Roberto.

Y... Juan Joel se fue a su oficina a comenzar a ejercer su cargo. Pronto, en base a una callada investigación, logró identificar a los principales protagonistas de un tráfico de drogas que, todos conocían desde los pies hasta la cabeza, pero que nadie se atrevía a enfrentar ni hacer nada en su contra. Identificó, igualmente, las rutas de la droga, los centros de abastecimiento y producción del letal producto y, sobre todo, los volúmenes de dólares que circulaban en la provincia, a vista y paciencia de todos. Una de esas mañanas, tan pronto abrió las puertas de su oficina, una

persona desconocida ingresó con un abultado sobre de manila bajo el brazo. Al llegar frente a él, le dijo:

— Señor subprefecto. Todos los jefes se han reunido para debatir su presencia en esta provincia. Como quieren tranquilidad para sus negocios, aquí está su colaboración para que usted lleve a cabo sus funciones de la mejor manera para todos —dicho esto, puso sobre su pupitre de trabajo el sobre de manila que trajo y esperó que el subprefecto verifique su contenido y lo guarde en su cajuela—.

Pero no ocurrió lo que él esperaba. Tan pronto el subprefecto verificó el contenido del sobre: billetes de cien dólares por una cantidad que no llegó a estimar, de inmediato lo cerró y lo devolvió al “*propio*” que lo había traído. Éste ante esta inusitada acción le replicó:

— Pero... señor subprefecto, eso es para usted y tengo indicaciones de no regresarlo.

— Pues, lo siento. Recíbalo usted y lleve este mensaje: no acepto coimas ni sobornos de nadie.

— Eso haré señor, pero no le conviene.

— Sólo a mí me concierne si me conviene o no.

Y el señor subprefecto de Tocache rechazó no menos de quince sobres abultados de manila, conteniendo dólares americanos. La cantidad que contenía cada sobre jamás se conocerá, porque él, sabiendo ya de que se trataba no los

abrió ni revisó jamás. Los devolvía tal cual llegaban. El último que le trajo un sobre de manila, suplicatoriamente le pidió que por favor le recibiera el encargo, porque se había dado cuenta que era una buena persona y, no quería que le ocurra nada malo. Por eso le habló de esta manera:

— Por Dios o lo que más quiera jefecito, reciba este sobre y aprovéchelo. Regrese a su casa en Lima y disfrútelo con su familia. Si se queda aquí, su muerte está más que cantada.

— Francamente, me conmueve el hecho de que te preocupes tanto por mí. Pero, el caso es que he sido educado muy bien por mi madre y, aceptar sobornos o cualquier otra forma de coactar mis decisiones, mi libertad, mis costumbres y valores, no va conmigo.

— Pero... jefecito. Lo van a matar.

— Hoy no será, porque tan pronto cierre esta oficina iré a buscar en qué carro viajo a Tingo María y de allí, a Lima. Tengo asuntos muy urgentes que tratar en Lima.

Roberto Caro fue el primero en enterarse que su primo Juan Joel, viajaba esa tarde a Lima, de urgencia, en el carro que primero se presentara. Cómo él sabía ya, que Juan Joel estaba sentenciado indefectiblemente a muerte por la mafia de narcotraficantes de Tocache y del país entero, incluyendo altos dignatarios del gobierno, sabiendo de antemano que si iba por tierra el fatal desenlace ocurriría

en cualquier parte del camino, por la gran amistad que le unía a su primo Juan Joel, le hizo esta vital pregunta:

— ¿Y cuál es tu urgencia, primito? Si es que se puede saber, claro está.

— Estoy llevando al Sr. Agustín Mantilla, ministro del interior, un informe detallado del accionar de los narcotraficantes de Tocache y de algunos de sus vínculos en Tingo María y Lima.

— ¿No sería mejor que lo envíes por correo?

— No primo. Tengo que darle el informe en mano propia, personalmente.

— Si es así, primito, yo te regalo tu pasaje en una avioneta que, a las seis de la tarde, sale a Lima. Ahorita mismo, te llevo al aeropuerto en mi camioneta. El piloto me debe un pasaje y ahora lo hago efectivo para ti. Por tierra, ni hablar primo...

— Tan pronto me paguen te lo devuelvo, Robertito. No te preocupes. Tú sabes que yo soy buena paga.

— Juan Joel, en esa misma avioneta vas a regresar. El pasaje es de ida y vuelta y te lo regalo. No hay más.

— Gracias primo. La patria te la deberá.

A las siete y media de la noche aterrizó en Lima y a las nueve estuvo entrando a la casa de su suegra donde vivía

con su esposa y sus dos hijos. Su llegada tan de repente fue una sorpresa agradable para todos ellos. Al día siguiente, antes de las ocho de la mañana, Juan Joel tomó su viejo cartapacio y, en un taxi, enrumbó sus pasos hacia el local del Ministerio del Interior. Allí, el hecho de ser subprefecto y haber sido designado por el ministro mismo, no le valió a Juan Joel la maldita cosa.

Cuando por fin, cerca de las doce del día, logró que el ministro le recibiera en su despacho, Juan Joel entró con los ojos brillantes de esperanza y fe. Al salir de allí después de escasos diez minutos, se encontraba realmente agotado, más por la pobre acogida a su informe que el ministro le hiciera saber con sus actitudes, que por todos los sufrimientos pasados para lograr entregárselo en mano propia y personalmente.

Volvió a su casa a almorzar; pero, apenas probó un bocado. Su esposa le preguntó entonces, cómo le había ido con el ministro. Él le contestó con tres palabras:

— ¡Mal! ¡Recontra mal!

Luego de descansar unos minutos, llamó por teléfono al piloto de la avioneta que lo trajo de Tocache y con él quedó en que saldrían de Lima al día siguiente a las seis de la mañana. Y así lo hicieron. Llegó al aeropuerto de Tocache a las siete y media de la mañana. De allí se fue en la combi de un amigo a la casa de su primo Roberto Caro. Sabía que él le invitaría el desayuno. Mientras lo tomaban,

las preguntas y las respuestas surgieron con esa calma característica con la que ocurren las grandes fatalidades. Roberto sabía ya, que su primo Juan Joel iba a ser “*eliminado*”. No sabía cuándo ni quién haría el trabajo. A pesar de todo, le preguntó:

— Primito y... ¿Cómo te fue con el ministro?

— ¡Mal! ¡Recontra mal! —contestó con tres palabras por segunda vez—.

— Pero... el relleno pue primo. “*Mal*” ni “*Recontra mal!*” no me dice nada a mí, francamente.

— El informe que con tanto afán y esmero preparé todo este tiempo y que lo presenté en un fólder, en mano propia y personalmente, como te dije, el señor ministro lo tomó y lo arrojó al interior de uno de los cajones de su escritorio como si estuviera contaminado de peste. Ni siquiera lo hojeó. Fue decepcionante. Luego, me dijo que me retirara, que la entrevista había concluido.

— Ayer yo me he quedado muy preocupado por tu viaje y tu entrevista con el ministro ese. Así que traté de averiguar sobre tu situación. Aquí en Tocache vive un paisano que tiene como oficio el sicariato. Lo mandé llamar. Vino más rápido que inmediatamente. Me debe dinero entre otros favores que yo le he hecho. Él me ha confirmado que, desde Lima, han ordenado que te *eliminen*, primito, lo más pronto posible y antes de que les



embarres de pies a cabeza. A él no le han encargado el trabajo. Tampoco sabe a quién. Según le parece, va a venir alguien de Tingo María o de Lima, a encargarse del asunto. Según me ha asegurado, el mismo Mantilla es el que ha ordenado tu muerte.

— No puede ser primo. Mantilla es aprista. Mi familia es aprista, la de mi mujer, también. Por mis antecedentes familiares, especialmente, por los de mi esposa, me han nombrado subprefecto. Así que, nos están mandando al desvío.

— Juan Joel, por nuestra gran amistad surgida en Cajamarca, yo no me considero sólo tu pariente. Para mí, eres cómo un hermano. La persona que me ha dado el dato es de mi entera confianza. Él se mueve en ese mundo. Ahí está como pez en el agua. No creo que me haya dicho una sola mentira. Me debe dinero.

— Un emisario de ellos, al que rechacé el sobre manila abultado, me ha dicho que, si no recibía el encargo éste, mi suerte estaba cantada. Me mandarían matar. Me suplicó que lo recibiera para que esto no ocurra. Me dijo que yo le parecía una buena persona y que, no le parecía justo que me manden matar por honesto.

— Uyuyuy primo. Si ese fulano te ha dicho eso, ya no hay dudas. Por eso, ahora no te vayas a trabajar.

— Y qué voy a hacer, primo.

— Nada. Descansa, primito. Aquí en la tienda no van a venir a hacer el trabajito ese. Resulta que yo, por esta tienda, les conozco a todos esos adefesios.

— Bueno, aquí me voy a quedar, Roberto, debajo de tu ala. Pero si se presenta algoito en lo que yo pueda ayudar, me lo dices no más.

Y así estuvieron haciendo pequeñas cosas hasta eso de las diez de la mañana. Como a esa hora comienza en Tocache a arreciar el calor, Roberto encargó a uno de sus empleados que atienda la tienda, mientras ellos, los dos, se iban a la tienda de un vecino que tenía en el patio de su casa, una enorme barbacoa en la que una hermosa planta de tumbo se había apropiado hasta de sus menores resquicios. Por eso, debajo de ella, hacía fresca y se podía tomar a gusto un par de cervecitas. Pero no fueron un par, o sea, dos cervezas, sino más o menos ocho pares de la rubia bebida. Cuando hace calor las cervezas heladas, no emborrachan mucho a la gente, pero del hambre nadie se libra. Ante esta atingencia, Roberto mandó llamar al chofer de su camioneta y, semi escondidos en ella, se fueron a almorzar chifa en el restaurante de un cliente.

Todo hacía suponer que ese día no iba a pasar nada de lo que Roberto y casi toda la gente de Tocache temía; y que, encima, a Juan Joel, le pareciera una exageración, algo que sólo en las películas había visto que ocurre. “*¿Que le iban a matar? ¿Y cómo lo podrían hacer a plena luz del día y en medio de tanta gente? ¿En pleno Siglo XX era imposible*

*que eso llegase a pasar!*”, se decía para sí mismo; aunque, muy en el fondo, tenía un presentimiento oscuro, no nítido ni mucho menos claro, de que algo fatal le iba a ocurrir. Roberto por su parte, trataba de contarle cosas divertidas mientras almorzaban, para que Juan Joel se olvidara un poco de ese algo innombrable que a todos les tenía muy preocupados. Y... no era para menos.

Como Roberto para esa época ya tenía algunos problemas con su próstata, avisándole a Juan Joel lo que iba a hacer, se fue al baño para miccionar. Ni siquiera había comenzado a hacerlo cuando...

— Rat,ta,ta,ta,ta,ta,ta...

Salió corriendo del baño de varones a donde fue a orinar, sólo para ver a su primo Juan Joel, tirado de espaldas en el suelo y con más de diez balazos en el torso, sangrantes todavía. Una laguna escarlata comenzó a formarse a ambos lados del abatido, al parecer, con una pistola automática de ráfaga. Inmediatamente se oyó el ruido de una motocicleta cuyo conductor le exigía más y más velocidad a su máquina de dos ruedas. Nadie hablaba, sólo miraban estupefactos ante este espectáculo tan sangriento, bárbaro y salvaje.

Roberto lo más pronto que pudo, ordenó a uno de los ayudantes de su tienda de abarrotes, que vaya a pedir ayuda económica a todos los paisanos *shilicos* de Tocache y, financiando casi en su mayor parte el costo de los pasajes aéreos, en un féretro que tuvieron que comprar de

emergencia, el cadáver de Juan Joel fue trasladado en avioneta a Lima, en donde recibió cristiana sepultura por parte de su familia.

La secuela del asesinato fue algo absurdo. El ministro del interior en lugar de disponer el inicio de un proceso investigador a fondo, para hallar al o los asesinos de uno de sus servidores, dispuso que no se haga comentario alguno sobre este asunto. Que por el bien del partido de sus amores: el APRA, todo quede en silencio, que no haya reclamaciones de ninguna índole, mucho menos judiciales, ni pedido de indemnización de parte de los deudos, ni publicidad en los medios masivos de comunicación y que... ¡el caso estaba cerrado!

Pero la procesión siguió por dentro. La familia del difunto subprefecto, sin analizar bien los hechos ni los antecedentes, culpó a Roberto Caro como el que, supuestamente, habría entregado a su primo Juan Joel para que el sicario que lo asesinó, tuviera la ocasión que buscaba para finiquitar su encargo. Que casualidad, decían, que justo cuando él se fue a orinar, el sicario aprovechó para liquidar con una ráfaga de balas de pistola automática de nueve milímetros, a su objetivo —para un sicario las personas que ellos matan por encargo, son simplemente eso: un objetivo—.

Roberto Caro, por su parte, cuenta a todo el que quiera escuchar esta historia, que, más bien, su maldita próstata lo salvó de ser asesinado junto a su primo Juan Joel. Según sus indagaciones, los dos fueron signados como objetivos

del sicario. Esta orden telefónica desde Lima así lo confirma:

— Ya cumpliste con mi encarguito

— Todavía señor. Es que en nuestro arreglo no figura que despache, también, a don Caro. Ese sería otro trato.

— Cojudo, si está el tal Roberto Caro junto a la piedra en mi zapato, en que se ha convertido el subprefecto de Tocache, quémalos a los dos... Luego arreglamos.



## EL TUNCHI NUNCA DUERME

Cuando llegué a tener nueve años, mi tío Elías —que fue siempre como un padre para mí—, en una de esas veces en que, estaba en las andanzas de averiguar cómo era el pote de las señoritas, que venían hasta la posta médica para que él les ponga alguna ampolleta, me pescó y de las orejas me llevó a la cocina, donde se hallaba mi abuela en todos los afanes de preparar el “*rahuado*” que, justo, su hijo Elías le había pedido el día anterior, después de entregarle más de un kilo de carne de chanco de la parte del *huashatullo* del animal. En La Ochora algunas personas le decían “*inchicapi*” al “*rahuado*” de mi abuela y, por supuesto que, el *huashatullo* no es otra cosa que el espinazo cerca de la cola del chanco.

Tan pronto estuve presente ante ese juez muy severo que ara mi abuela, ella le preguntó a su hijo Elías:

— Y... ahora, ¿qué nueva travesura ha hecho este condenado muchacho en tu posta médica? La otra vez me contaste que rompió dos jeringas de veinte centímetros, al averiguar la presión que podían soportar, si él les tapaba la punta con un dedo, mientras apretaba el émbolo.

— Primero que no fueron dos jeringas de veinte sino una sola de diez, mamacita. Y segundo, que no ha sido gran cosa, esta vez. Este muchacho sólo quería saber cómo es el pote de las señoritas a las que yo les pongo las ampolletas.

— Ajá. Y esta vez, me lo entregas para corregirle con el “*caramelo*” o tú, como acostumbras, lo vas envolver con dos frazadas en la cama, hasta que sude como caballo.

— Ni lo uno ni lo otro, mamacita linda. Es natural su interés por conocer ciertas cosas, ¿acaso no ve que ya está haciéndose grandecito? No merece castigo por eso.

— ¿Y entonces que harás?

— Yo creo que le voy a enseñar a poner ampolletas a este cholito fisgón, mamá. Así, que, lo llevo a la oficina de la posta para que comience. —Luego mirándome, me dijo—: Por ahora, como no hay en quien practiques, saca todas las jeringas, las agujas y las escudillas para que las laves bien con ceniza y jabón. Luego afilarás, como afilas el machete, a las agujas.

Las agujas eran de acero inoxidable y se hacían algo romas de tanto usarlas. Había visto otras veces cómo, mi tío Elías, las afilaba en la piedra que existía en la huerta de la casa, para sacarle filo a los sables y los machetes. Los sables eran herramientas de acero común, de forma rectangular alargada y con filo, también, en su extremo



corto, del final. Los machetes o machetones 128, en cambio, eran herramientas alargadas de poco ancho, a lo mucho diez centímetros, y se usaban para desbrozar la maleza o cortar caña de azúcar. Los sables, a su vez, se usaban para *tirapear* la chacra, cortar leña o hacer huecos como si fuera una palana recta pequeña. Así, que, como ya vi cómo lo hacía, terminé el trabajo a su plena satisfacción. “Al día siguiente aprendería a poner ampolletas, qué caray”, dije para mis adentros.

Al recibirme el trabajo que me mandó hacer, revisó si las agujas estaban bien afiladas y si no rasguñaban al pasarlas sobre el brazo, de costado. Si eso ocurría —me dijo que—: “*después de la inyección sangraría el paciente*”. Luego dibujó en un papel con su lapicero *Esterbrook* de tinta líquida, un semicírculo que partió en dos. A la parte circular le agregó tres líneas rectas: una por el centro y otra por cada costado, hasta formar algo que vi como un trasero. En cada uno de los cuartos de círculo trazó, a su vez, una especie de signo más de la suma o un sistema de coordenadas rectangulares. Luego, señalando con su lapicero el cuadrante I, me explicó así:

— Mira Wishón, este es el trasero de una persona. En esta parte —dijo señalando el cuadrante I del sistema de coordenadas—, nalga derecha, cerca de la cadera, se puede poner ampolletas; pero, jamás, cerca de la columna vertebral. Puedes dejar coja para toda su vida a una persona. Muy arriba de la cadera también es peligroso. Muy abajo, igual. Mirando de frente, al lado izquierdo del

trasero —cuadrante II— se aplica igual la regla. Cerca de la cadera, bien, cerca de la columna vertebral, nunca, lo mismo que muy arriba o muy abajo. Tan pronto venga un paciente, te haré la primera clase práctica.

— Está bien tío. Estaré muy atento.

— Ya lo creo que estarás más que atento, condenado *fisgoncillo*. No demora en llegar la señorita Estefita. Va a venir para que le ponga una ampolleta de penicilina. Está mal de las amígdalas.

La señorita Estefita Sandoval era la enamorada de mi tío Elías, pero mi tío Reynerio, que era el primer hijo de mi abuelita y que —no se llegó a saber por qué—, se quedó con el desarrollo mental de un niño de siete años. Él decía que Estefita era su novia. Y... tanto la señorita Estefita como mi tío Elías, le seguían la corriente. El pobrecito era muy feliz con eso de ser el novio, porque cuando decía:

— Fita, tu eres mi novia. ¿No es cierto?

— Claro que sí Reynerito. Dime no más cuándo nos vamos a casar, para hacer los bizcochuelos.

— Le voy a preguntar a mi mamá Isolina, cuándo quiere ella que me case contigo.

Y se iba con dirección a la cocina, pero ya no volvía. Nunca se casó ni con Estefita, ni con Hortensia, ni con Esperanza, ni con Zulema. Pero, así era feliz él. Cuando la

señorita Estefita llegó a la Posta Médica, mi tío Elías le habló así:

— Fita, quiero que ahora te conviertas en el material didáctico que mi hijo Wishón necesita para aprender a poner ampolletas. ¿Qué dices?

— Ay... ¿Acaso crees que no voy a tener vergüenza que este ratoncillo me vea el potito?

— Quiero que me ayude a poner ampolletas a los pacientes que, llegan desde las seis de la mañana, acá a la posta. Yo lo necesito Estefita, esa es la verdad. Total, después de ti, él va a conocer todos los potitos de La Ochora que lleguen a esta posta por una ampolleta. Así que, ¿me ayudas?

— Bueno, si así me lo explicas, ¿Cómo no voy a entenderte? Que practique ya pues conmigo este huambra.

— Ahora no te va poner la ampolleta él. Ahora, sólo va a mirar cómo lo hago yo. Pero, ya sabes, la próxima vez te vas a ir de frente a que este muchachito te ponga la ampolleta. ¿Estamos?

— Ya pues. Si así lo quieres, así será.

Y así fue. No aprendí solamente a poner ampolletas en la nalga o intramusculares, aprendí también a poner en la vena o ampolletas intravenosas, vacunas y, en los brazos.

Ese aprendizaje me fue muy útil cuando fui a trabajar de profesor en Monte Grande, un caserío de Tembladera, Contumazá. Allí, en ese lugar, venían para que les haga ese servicio, totalmente gratuito, no solamente los alumnos de la escuela, sino casi todos los pobladores que caían enfermos de algo.

Como auxiliar aplicador de ampollitas de mi tío Elías, en su posta médica, le fui muy útil. Si bien, allí también se ponían las ampollitas gratuitamente. Los días domingos él me daba una propina de veinte céntimos o una peseta, a veces en dos reales, cuatro medios, o cinco dobles. Esta propina casi nunca me la dio en centavos, que en ese tiempo eran monedas de cobre igual que los de dos centavos o dobles, sólo que la mitad de pequeñas y, circulaban normalmente.

Para ganarme una peseta adicional, los domingos después del baile del sábado por las noches, mi tío Elías me hacía que le lave los zapatos que estaban de barro y que los lustre, hasta que brillen como espejos. Una de esas veces, llegó no sólo con los zapatos cubiertos de barro, sino también con barro en los pantalones. Cuando se despertó a eso de las diez de la mañana y le pregunté cómo le había ocurrido eso, porque embarrarse los zapatos era normal en tiempo de lluvias, pero lo del pantalón no, él me contó:

— Pues... verás, hijo. Anoche el tunchi me persiguió casi por toda La Ochora. No me dejaba llegar a la casa. Por más que quise hacerle la pasada, no pude. Me iba por

una calle y él, ya me estaba esperando al final de la cuadra y, allí, para que me entere de eso, silbaba como acostumbra hacerlo: fin, fin... fin,fin,fin. Prendí mi cigarro *mapacho* y no funcionó. Recé hasta el credo y no funcionó.

— Pero, entonces... papá. ¿Cómo es que amaneciste en tu cama, como siempre?

— “Ahí está el detalle”, te diré pues entonces como hizo Cantinflas en una película que vi en Moyobamba, en el cine Bracovitch. Pero, pucha, anoche he llegado a la casa a dormir, casi a las cinco y media de la madrugada. El desgraciado tunchi no me permitía venir a la casa.

— Pero hasta ahora no me cuentas cómo lo hiciste.

— Já... ¿Y por qué tengo que darte relleno, a ti, ratón de penca, de las cosas que me pasan en la noche?

— Bueno, si no quieres contarme, qué lo haré. Entonces voy a ver a mi cumpa Sergio y tú lava y lustra tus zapatos.

— Ahhh... con qué me estás chantajeando, ¿no?

— ¿Y qué significa “chantajeando”?

— Mejor te cuento lo que me ha pasado con el tunchi. Prefiero eso, a hacerla de tu maestro.

— Bueno. Eso le pregunto a mi maestra, la señorita Olinda del Águila, cuando venga de Moyobamba al concluir las vacaciones de agosto. Ahora sí... que venga la historia del tunchi que anoche te asustó, papá.

— ¿Quién ha dicho que me ha asustado? Yo sólo te he contado que no me dejaba llegar a dormir en la casa.

— Lo que sea. Pero, el tunchi, el tunchi...

— Después del baile de anoche, me fui a visitar a mi amiga Esperanza. Eso queda al otro lado del local del Club deportivo Dos de Mayo, donde fue el baile.

— Te fuiste a Esperanza... ¿A esa hora de la noche?

— ¿Y, a ti qué te importa eso, adefesio de muchacho? Bueno, me fui. Cuando ya quise volver a la casa cruzando en diagonal por la plaza, en lugar de las vacas que duermen allí, vi una luz verde que venía hacia mí. Mi error fue alumbrarle con mi linterna. Porque, cuando lo hice, silbó el maldito y comenzó a seguirme. Después de muchas cabriolas, le hice la pasada, y vine a la casa entrando por la huerta de la tía Cruz Escalante. Ahí fue cuando me metí a la acequia que pasa delante de la huerta de la tía Cruz.

— Hum... entonces te ha seguido el alma de don Deshico. Dicen por el mercado y, lo oí a la hora que fui a comprar la carne, que ayer se lo tragó una enorme mantona, cerca de la mina de sal, allá por Pilluana...

## LA VACA ENDIABLADA

— Mamá, este becerro y su madre ya es tiempo de que vayan a la inverna.

Eso le dijo mi tío Lucho a mi abuela porque, en cuestión de vacas y becerros, él sabía más que todos nosotros juntos, pues él tenía más de veinte en su inverna de “*Meto*”. La vaca era de mi abuela; pero, como ya no daba leche más que para su “*besheco*”, era tiempo de soltar a ambos en la inverna para que, de su cuenta, se críen allí a la buena de Dios, sueltos y libres en esos pastos verdes y floridos, con árboles de guayaba y zapotes cada 50 metros.

A esta vaca mi otro tío, llamado Reynerio le puso por nombre “*Mariquita*”, en memoria a la hermana de su padre que allá en su lejano *Huacapampa* —se acordaba—, le había hecho mucho cariño. De cómo habían venido sus padres Demetrio e Isolina y sus hermanos Luis y María Ida, menores que él, desde allí a La Ochora —un fabuloso y largo viaje—, Reynerio no se acordaba lo que se dice nada de nada, una porque cuando hicieron ese viaje él fue

todavía un niño y, otra, porque en La Ochora, donde ahora vivían, ellos eran muy felices y ya no extrañaban esa, también, bella tierra de la sierra.

Reynerio se acordaba igualmente que un día de esos, su hermano menor Caleb, salió con la tonada de ponerle al pequeño becerrito el nombre de “*Manolete*”, dizque porque el verdadero Manolete era un gran torero español. Jamás pudo él racionalizar que eso de ponerle nombre de un torero español famoso a un becerro, era algo muy ocurrente e inusual, similar a ponerle “*Mariquita*” a su madre, que a él sí le pareció tan adecuado.

Según la poca lógica de Reynerio, el mismo que, por el hecho de ser un “*joven niño*” de poca barba —*atascado para siempre, tal vez, en los nueve años*—, ponerle de nombre “*Mariquita*” a la vaca de la familia, era una gran cosa. Lo de “*Manolete*” al becerro, era evidente que no le gustaba porque no lo entendía. Pero, su notoria falta de razonamiento mental y sus carencias en el habla, en él se compensaban de sobra con su corazón de oro, su ingenuidad siempre de niño, su sabiduría de duendecillo y su fortaleza de buey, porque trabajando nadie le ganaba.

Así es como al día siguiente de la recomendación de su hijo Luis, de soltar a “*Manolete*” y a “*Mariquita*” en la inverna, a doña Isolina, no teniendo a quien encargar el mandado aquel, no se le ocurrió mejor cosa que encargarle esa labor a su primer nieto de apenas siete años, aunque por su experiencia supiera de sobra que eso era peligroso.



Por eso, haciendo de tripas corazón, confiando tan sólo en la sagacidad e inteligencia que su nieto siempre le demostrara poseer, le dijo cariñosamente:

— Hijito, como no hay un mayor con quien mandar la vaca y su becerro a la invernada de tu tío Luis, tendrás que hacer ese trabajito tú, que ya eres todo un hombrecito.

Eso de que “*yo era ya todo un hombrecito*” era un decir de ella, para que el niño que era yo le hiciera el mandado como lo harían sus hijos ya mayores, o sea, mis ocho tíos y tías, toditos con más de seis años más de experiencia que yo, contando entre ellos a mi tío “*Calicho*”.

— ¿Y si la vaca se mete al monte? —le dije solo por decirle algo a mi abuela—.

— Tú lleva al becerro adelante, que la vaca, por su cría, te va a seguir, aunque te vayas al mismo infierno —me aclaró ella al instante, sabihonda como siempre—.

— Si tú lo dices abuelita; pero, ¿no respondo ahh...?

— ¡Vaya ya a hacer el mandado, so adefesio de muchacho! Ahhh y una vez que sueltes al becerro y a la vaca en la invernada no te olvides de quitarle la soga de los cachos. Luego te pasas al tambo de nuestra chacra, más allá de los cañales de tu tío Luis, para que allí te inviten el almuerzo tus tíos Reynerio, Demetrio y Calixto. De allí se vienen juntos, los cuatro. A ti te conviene, porque tu tío

Calixto, como es su costumbre, seguro que te traerá encima de su carga.

Con la ilusión de que mi tío Calixto me pelaría una caña grande de azúcar, de que la desgajaría en mil pedazos pequeños y me los daría llenos en su sombrero, una vez que me hubiera acomodado sobre el racimo “*primeral*” de plátano que traería cargando sobre su espalda con la ayuda de una pretina, me fui a desatar la soga con la que la vaca estuvo amarrada a una estaca en la huerta de la casa de La Ochora, no sin antes amarrar al becerro con mi correa, porque otra soga no encontré. Así como me dijo, con el becerro adelante y la vaca siguiéndonos por detrás, enrumbamos hacia la inverna de mi tío Luis, que quedaba más o menos a una hora de caminata a pie desde el pueblo.

Para ir a la inverna había que pasar parte del pueblo, bandear una enorme pampa donde pastaban otras vacas y algunos caballos, cruzar por un lado de las paredes del cementerio del pueblo para, después de una pequeña bajada, llegar a *Trancayacu*, un manantial aparentemente de aguas del color del té; pero, muy claras y limpias cuando se arrojaba un puñado de ella al aire.

Allí en ese manantial se le ocurrió a la vaca, más que al becerro, tomar agua. Pero, lo hicieron ambos, a sus anchas. Total, dentro de media hora estarían libres los dos en la inverna e irían, cuantas veces quisieran, al manantial de “*Meto*” a darse grandes empanzadas de agua, parecida a la de *Trancayacu*, por originarse ambos en un cenagal.

Faltarían unas diez cuabras para llegar a la tranca de la inverna, donde soltaría a “*Mariquita*” y a “*Manolete*”, cuando sin saber cómo, el becerro se zafó de mi correa y corrió, según él, a mamar las tetas de su madre. La vaca se paró a esperar a su becerro y éste comenzó a hacer lo que anhelaba, sacar siquiera un poco de leche de las ubres ya capachas de su madre. Justo en ese momento, sin darme cuenta de lo que pasaría, solté la sogá de la vaca y correa en mano, me acerqué al becerro para atarlo con ella.

Al verse libre de la sogá con la que la sostenía, la vaca bramó mirando con los ojos brillantes de alegría, el monte del borde camino —¿o mirando qué sería?— y, a toda carrera se metió en él sin importarle que yo la llamara a gritos por su nombre ni por lo intrincado de la maleza, que hasta plantas con espinas tenía. Con suerte pude atar de nuevo con mi correa al becerro para tenerlo bien sujeto. La vaca mientras tanto, a toda carrera y bramando como loca, se metió al monte y se perdió de mi vista.

— Tengo a su becerro, ya volverá la vaca —me decía a mí mismo, seguro de lo que mi abuela me había dicho—.

Pero... la vaca no había cuando vuelva. Con el becerro muy cerca de mí por lo corto de la correa, comencé a ir tras de ella. Pensaba: “*no que, si tengo al becerro, la vaca me seguirá hasta el infierno*”. Mi abuela se había equivocado esta vez, y de qué modo, qué barbaridad. Tener que seguir a la vaca por la bulla que hacía en el monte, se hacía más difícil para mí, por tener muy cerca al

becerro, que andaba dándose de trompicones en mis corvas. Corre que te corre jalando al becerro, cuando en medio del monte se oyó:

— Chi, chi, chiiiiiii.

—No hay por qué asustarse. Ha cantado chi, chi, chiiiiiii la chicua. Por lo tanto, lloverá sin remedio; pero, no me pasará nada malo —me dije yo para mis adentros, más para calmar mis nervios que porque asumiera como ciertas, las creencias de la gente sobre esas cosas—.

— Fua jaiiiii —resonó en el ambiente y, esta vez, lo sabía, no era ese pájaro llamado *chicua* el que cantaba, sino era algo más serio. Era el *chullachaqui* en persona el que así se reía—.

— ¡Qué chi, chi, chiiiiiii ni fuajaiiiii, ni la mula muerta! —grité, más de miedo que de valiente. Me temblaban las canillas sin descanso, la boca la tenía reseca y, de seguro, estaba más pálido que un muerto—.

Sin embargo, al parecer, mi grito en plena selva había hecho el milagro del silencio. Pero; un silencio que también era asustador. En la selva nunca hay silencio total. Por eso y otras cosas, armándome de todo el valor que pudiera poseer un niño de siete años, con la compañía inocente del becerro, al que creía ver como a un angelito del cielo, seguí por el monte, cortaplumas de acero de cacha blanca en mano —regalo de mi madre, que ese año

llegó a La Ochora procedente de Tarma—, hacia donde hube oído las últimas bullas que hizo la vaca al tratar de hacer camino por el monte.

¡Santo Dios! Allí estaba nuestra vaca de pelo gris amarronado, enredada hasta sus orejas, en las ramas de una hermosa planta arbustiva de *ayahuasca*. Al verme la vaca con su becerro vivo, le brillaron otra vez los ojos de madre, que olvidó ser por un momento cuando como loca nos dejó para correr al monte.

Ante ese espectáculo, después de asegurar al becerro en una rama, busqué por los alrededores un árbol de *atadijo*. Una vez que lo encontré, con mi cuchilla corté un pedazo de la *carapa* (corteza) de este buen arbolito y me hice una buena sogá para atar bien al becerro. Me puse la correa y, siempre con la ayuda de la cuchilla, liberé a la vaca de sus ataduras y, esta vez, muy mansa, comenzó a seguirnos a mí y a su becerro hasta la inverná donde liberé a ambos.

Cuando llegué a la chacra y les conté la historia a mis tíos Reynerio, Demetrio y Calixto, no hicieron más que reírse a mandíbula batiente de mí. Pero, me invitaron su comida, un rico sudado de pescaditos que se cogen arrancando las cañabrávas que, sin desraizarse, están casi sumergidas en el río, para luego vaciar su contenido de agua y pescadillos en las arenas de su orilla.

Como el sudado no se come solo, también hubo una buena “*ollada*” de yucas sancochadas. Para asentar el sudado

con yucas estuvo muy agradable una *pururuca*, el más delicioso refresco preparado con plátanos muy maduros con la cáscara casi negra, a los que se llama por allí “*maduros muro muro*”. Éstos se sancochan con cáscara y todo en una olla de barro, se deja enfriar, se botan las cáscaras y se aplasta con la mano limpia a los plátanos. De ser necesario se le agrega el agua de río que se considere conveniente. Ya no necesita chancaca y la bebida es muy dulce. Fermentada, da “*diablos azules*” al que lo toma.

Ya de regreso, yo bien encaramado encima del racimo de plátano que cargaba a la espalda mi tío Calixto, éste, que a propósito se había retrasado un poco de los demás, me preguntó:

— Si oíste cantar a la chicua: chi, chi, chiiiiii, te hubieras mojado hasta el tuétano mi querido Wishón. ¿Es cierto lo que has contado al llegar a nosotros?

— Claro que sí tío Calicho. Lo oí fuerte y claro, más fuerte de lo que ahora te oigo a ti —le contesté—.

— ¿Y también has oído que se ríen fua jaiiiii?

— Claro que sí tío Calichito.

— Yo te creo, Wishiton. Yo sí te creo. Reynerio y Demetrio no te han creído y se han reído de tu historia, yo también sonreí para seguirles la corriente; pero, en el fondo, yo sabía que estabas diciendo la verdad.

— ¿Y por qué no dijiste nada? —le pregunté—.

— Porque no nos iban a creer. Estas cosas, los que son de la sierra o sus descendientes, no creen que sea verdad. Pero, los que somos de acá si sabemos que todas esas cosas sobrenaturales ocurren en la selva.

— La mamá Isolina me aseguró que, si yo llevaba al becerro adelante y a mi lado y, a la vaca detrás de nosotros, la vaca nos seguiría a donde fuéramos el becerro y yo, y hasta agregó muy segura de lo que decía, que esa vaca nos seguiría hasta el mismísimo infierno en tanto yo lleve al becerro a mi lado. Y eso no ocurrió tío Calixto. Al contrario, la vaca se endiabló y luego corrió al monte.

— Y eso es muy cierto. La vaca sigue al becerro. Por eso dicen en la escuela que hay que enseñar a leer y escribir al hijo, para que sus padres también aprendan a hacerlo.

— Pero yo traía al becerrito atado con mi correa, muy cerca de mí. La vaca iba detrás, jalada de su sogá, también por mí —le aclaré a mi tío Calicho porque él, al parecer, sí me había creído todo lo que les conté—.

— Ahí radica el asunto pues sobrino. El *chullachaqui* es un ser mágico y misterioso muy burlón. La *chicua* también se confabula con él para hacer bromas, especialmente a los niños y a las mujeres. Seguramente que “*alguien*” de tu apariencia estaba al borde del camino

y muy cerca del monte con el becerro a su lado, al ver la vaca que su hijo entraba al monte, se metió ella a la carrera a buscarlo. La pobre no discriminó que el becerro del monte era falso, porque, claro, al verdadero becerro lo tenías tú. Pero, como al fin era solo una broma, te entregó a la vaca bien atracada en las enredaderas de un arbusto de *ayahuasca* —hizo una pausa y continuó—.

— Ese “*alguien*” que vio la pobre vaca con su becerro al lado era, ni más ni menos, el *Chullachaqui* mi querido Wishón. Con suerte tú no te topaste ni lo viste a él. De haber ocurrido eso, te habría hecho alguna pendejada, como acostumbra hacer siempre, el muy ladino. Por ese mismo detalle, después del canto de la *chicua* no llovió. Tú llegaste hasta el tambo donde nosotros te esperábamos con la ropa seca, solo húmeda en algunas partes de tu espalda y el pecho, por tu sudor. ¡Te salvaste de buena, sobrino!

— ¿Me habría hecho algo muy malo o perverso el *Chullachaqui*, tío Calixto?

— Eso no se puede saber Wishiton. Eso no se puede saber. Para halagarte, te pudo haber dado de regalo una víbora venenosa de bonitos y brillantes colores como, también, darte la más hermosa orquídea de todo Moyobamba que, como tú sabrás algún día, será la capital de las orquídeas de toda la selva peruana.



***“El tío del Conquistador”***  
***y otros cuentos***, del autor:  
***Wilson Izquierdo González***,  
se terminó de imprimir  
en los talleres gráficos  
de la imprenta  
.....  
el ... de... de 2014  
Cajamarca, Perú.

